La Esfera

Año VII * Núm. 363

Precio: Una peseta

EL FAVORITO, cuadro de José Nogué, que figuró en el reciente Salón de Otoño

R. 45.476

EL INVIERNO EN SUIZA

Para todos los informes relativos á los ferrocarriles, billetes de viaje, deportes de invierno, fiestas deportivas, estaciones balnearias y climatericas, escuelas oficiales y privadas, curiosidades artisticas, etc. Dirigirse :

al **Office Suisse du Tourisme**, Löwenstrasse, 55, **Zurich**.

á **su Sucursal**, Place Saint-François, 6, **Lausanne**.

á **su Agencia**, Rue de l'Évêché, 115, **Marseille**.

á la **Agence Officielle des Chemins de Fer Fédéraux**, 20, rue Lafayette, **Paris**.

á las Oficinas de la **American Express C°, Barcelona**.

á las Oficinas de **Thos. Cook & Son, Barcelona y Madrid**.

LOS GRISONES

Guia ilustrada « El Invierno en los Grisones » enviada gratuitamente por el Bureau Officiel de Renseignements, Coire (Grisons).

AROSA 1.800 m.

Estación de cura y de deportes de primer orden. Clima alpino dulce, no obstante su altitud.

DAVOS

Estación de Alta Montaña. Plaza de deportes de primer orden.

MALOJA (Engadina)

1 811 m. Maximum de insolacion. Todos los deportes de invierno.

EL INVIERNO EN St-MORITZ

El Centro de deportes de invierno del universo Informes, programas deportivos, lista de los hoteles, enviados por la Kurdirektion, St-Moritz (Engadina).

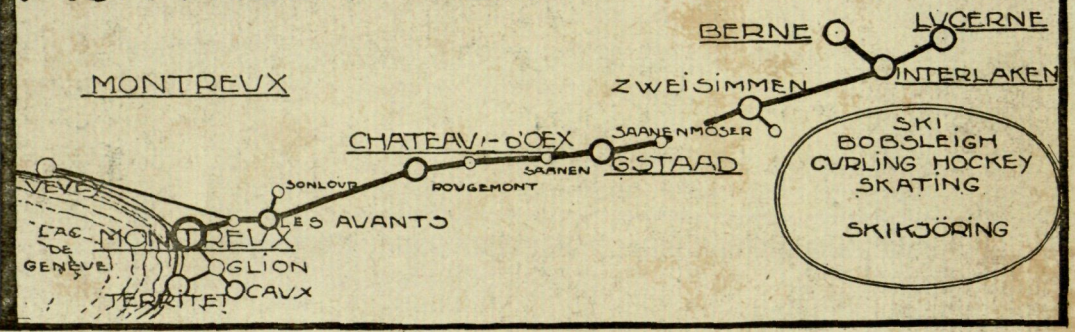
LAUSANNE-OUCHY

Lago Leman — Linea del Simplon — Centro de numerosas excursiones — Renombrado por sus deportes de todos generos. Informes por el Secretario de la Société des Hôteliers de Lausanne.

ZURICH

Unico para divertimientos y estudios, compras y negocios.

MONTREUX - OBERLAND BERNOIS



CALVACHE

FOTÓGRAFO

Carrera de San Jerónimo, 16

EL MEJOR REGALO

PLUMA FUENTE

Onoto

DE VENTA EN LAS BUENAS PAPELERÍAS

Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**

Dé Vd. un

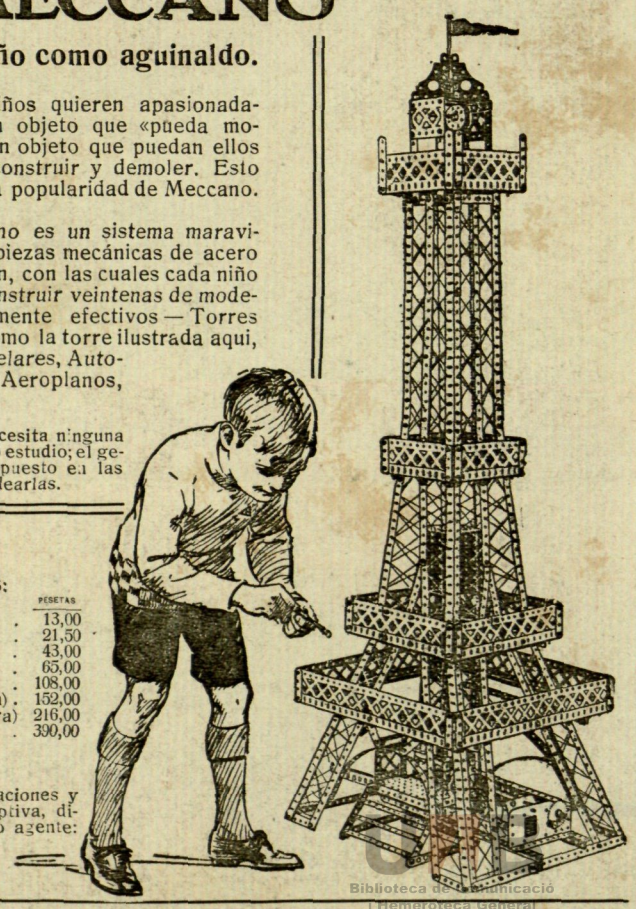
MECCANO

á su niño como aguinaldo.

Los niños quieren apasionadamente un objeto que «pueda moverse», un objeto que puedan ellos mismos construir y demoler. Esto explica la popularidad de Meccano.

Meccano es un sistema maravilloso de piezas mecánicas de acero y de latón, con las cuales cada niño puede construir veintenas de modelos realmente efectivos — Torres Eiffel, como la torre ilustrada aqui, Gruas, Telares, Automóviles, Aeroplanos, Puentes.

No se necesita ninguna habilidad ó estudio; el genio se ha puesto en las piezas al idearlas.



PRECIOS:

	PESETAS
Equipo n.° 0.	13,00
» » 1.	21,50
» » 2.	43,00
» » 3.	65,00
» » 4.	108,00
» » 5 (cartón) .	152,00
» » 5 (madera)	216,00
» » 6.	390,00

Para otras informaciones y literatura descriptiva, dirigirse á nuestro agente:

Sr. JOSÉ PALOUZIÉ, Serra Industria, 226, Barcelona, Dept. núm. 3

Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

Coñac

Caballero

MONUMENTOS ESPAÑOLES

Vista general de la catedral de Salamanca FOT. HIELSCHER

El MÁS PODEROSO DE LOS TÓNICOS

cuyo uso es indispensable
durante los calores
para combatir la falta de apetito
y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

"LA ESFERA" "MUNDO GRÁFICO"
"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

Madrid y provincias.....	Un año	40	pesetas
» »	Seis meses.....	22	»
» »	Tres »	12	»
Extranjero.....	Un año	60	»
»	Seis meses.....	35	»
Portugal.....	Un año	45	»
»	Seis meses.....	25	»

Mundo Gráfico

Madrid y provincias.....	Un año	15	pesetas
» »	Seis meses.....	8	»
Extranjero.....	Un año	25	»
»	Seis meses.....	15	»
Portugal.....	Un año	18	»
»	Seis meses.....	10	»

Nuevo Mundo

Madrid y provincias.....	Un año	19	pesetas
» »	Seis meses.....	10	»
Extranjero.....	Un año	30	»
»	Seis meses.....	16	»
Portugal.....	Un año	22	»
»	Seis meses.....	12	»

UAB Biblioteca de Comunicació Hemeroteca General

ENCICLOPEDIA

UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA

ESPASA

Hijos de J. Espasa, editores.
Calle de Cortes, 579 y 581 **BARCELONA**

Es la obra mejor ilustrada del mundo.—Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada.—Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades.—Se suscribe en las principales librerías y centros de suscripción de España y América

La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género,
así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable antes de adquirir un diccionario enciclopédico

PANORAMAS DE ESPAÑA

Pintoresco aspecto de la ría de Bilbao FOT. HIELSCHER

¡SOLO!

Con esa calva no ha conseguido de las mujeres más que desaires. Huyen de él, desdeñando sus galanterías.

No tolere usted más tiempo esa anormalidad capilar, que le tiene al margen de la dicha y del amor, y use el

REGENERADOR "PAZ" DEL CABELLO

Invento científico maravilloso, que cura rotundamente la calvicie prematura y la alopecia, siguiendo el tratamiento que para cada caso indica su autor.

CONSULTAS GRATIS

Diríjase á Diego Paz, calle Don Alfonso I, núm. 36, 2.º, ZARAGOZA

FRASCO: 15 PESETAS

UAB
Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

La Esfera

Año VII.—Núm. 363

Madrid, 18 de Diciembre de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

INTERIOR DE UN CONVENTO DE MONJAS (TOLEDO)

Cuadro de Alfonso Grosso, que figuró en el reciente "Salón de Otoño"

Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

DE LA VIDA : QUE PASA :

EL CONGRESO UNIVERSAL DE LA PRENSA

En Sidney, la encantadora capital de Nueva Gales del Sur —donde entra el mar, arrullador y lascivo, por mil brazos, como el gigante Briareo, para abrazar mejor á la tierra—, va á celebrarse en el próximo mes de Marzo del inminente año de 1921 el Congreso Universal de la Prensa... Las fechas de la celebración, así como la ciudad escogida para reunirse la gran Asamblea, han sido acordadas en la Exposición Internacional de San Francisco de California, en 1915...

En aquella fecha, Europa, sacudida por las convulsiones de una guerra desaforada, atendía poco á esas batallas de las ideas que se iban librando en algunos rincones del planeta... Ciertamente que los héroes no podían ser entonces menos reverenciados que los periodistas, y en rigor de verdad, el mariscal Joffre había de tener entonces más interés por Francia que Mr. Arthur Meyer, director de *Le Gaulois,* ó Mr. Alfred Capus, director de *Le Figaro,* y evidentemente el general Douglas Haig pesaba más en la balanza del mundo inglés que Lord Northcliffe...

Pero la guerra misma ha venido á mostrar el influjo enorme de la Prensa, la transcendencia que sus decisiones tienen en el mundo de las ideas y de los principios. ¡Cuánto se ha hablado de esto durante esa tremenda guerra de expiación y de purificación, como la llamaron, muy acertadamente, los ingleses!... Por detrás de la guerra de trincheras hubo una guerra de comunicados, y los comunicados tenían su reflejo exacto en la Prensa, y hubieran sido, de no existir una gran Prensa mundial que los publicase y pusiese en relieve, voces perdidas en el páramo inmenso que era entonces Europa, donde sólo se escuchaba, entre la granizada de la fusilería y el tableteo de las ametralladoras, la ronca voz de las pasiones y la aceda voz de los intereses...

Y casi estoy ahora por corregir mi afirmación de antes y por aventurar que lord Northcliffe pesó más en la balanza de Inglaterra que sir Douglas Haig ó lord French, generalísimos de los ejércitos británicos.

VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA
Representante del Comité ejecutivo del Congreso Universal de la Prensa, en los países de lengua castellana

Pero no... *De facto,* los países de Europa habían de atender antes á sus mariscales que á sus directores de periódicos. Y así ocurrió que el Congreso de San Francisco de California no estuvo todo lo brillante y concurrido que hubiera podido estar en circunstancias normales. Concurrieron, no obstante, novecientos cincuenta y tres delegados, representantes de veintinueve naciones y cuarenta y seis Estados de la Unión Norteamericana. Presidió aquel Congreso el honorable Mr. Walter Williams, decano de la Escuela de Periodismo, establecida en la Universidad de Missouri, y sobre la cual hubiéramos podido moldear los planos de aquella *nonnata* Escuela del Periodismo, forjada por un ministro atento á las palpitaciones del mundo y que tanta falta nos haría en este país de periodistas superficiales y atrevidos.

España, nación al margen de la guerra europea, país neutral á quien no afectaban las convulsiones de la Europa ensangrentada, brilló por su ausencia en el Congreso de San Francisco de 1915. Siempre se cuidó poco España de los grandes intereses mundiales, encerrada en la urna de cristal de su peninsularismo, que es casi *insulismo* por lo que tiene de retraído y hermético... Pero ahora puede desquitarse brillantemente de su abstencionismo de entonces.

Del 21 al 31 del próximo Marzo se congrega de nuevo, como en 1915, pero con mayor solemnidad y esplendor, la Prensa del mundo entero, en la bella y poética ciudad de Sidney, en la Nueva Gales del Sur, que fué el eje y nexo de la Confederación australiana. El Gobierno de Australia ha dado toda suerte de facilidades para la mayor pompa y grandeza de ese Congreso Universal de la Prensa.

Quien ha venido á España á sonar el clarín y á lanzar, como pregonero intercontinental, su arenga sonora, ha sido el licenciado Virgilio Rodríguez Beteta, meritísimo periodista de Guatemala, que allá en la noble ciudad llamada antiguamente de Santiago de los Caballeros, dirigió el gran *Diario de Centroamérica* y reunió el Primer Congreso Centroamericano de Periodistas, en la ciudad de Guatemala, en 1911.

Don Virgilio Rodríguez Beteta es un periodista concienzudo, serio, documentado: un periodista documentado, serio, concienzudo, doblado de un sociólogo cultísimo y de un experto crítico literario. Como tal se nos manifestó no ha muchos días en el Ateneo, con ocasión de sus dos notables conferencias: la una, sobre *Los poetas guatemaltecos,* en que exhumó con palabra vívida y documentación precisa la fisonomía intelectual del ilustre padre Zandíbar y del humorista D. José Batres; la otra, sobre *La Imprenta en Guatemala durante el período colonial,* saturada de datos y fechas indispensables para rastrear la huella intelectual que dejamos en aquella antigua Colonia, quizás en ciertos aspectos la que más reflejos recibió de nosotros... Ambas conferencias *fueron testimonio de la extensa* cultura y amena dicción de nuestro eminente conferenciante: en una de ellas, la primera, hubo para los españoles tan halagadoras palabras y tan curiosos atisbos críticos como aquella alusión á la súplica de Cervantes al Consejo de Indias para que se proveyese en él la Alcaldía de la vieja ciudad de Santiago de los Caballeros, de Guatemala...

Pues tan señalado pregonero, que une á sus dotes de organizador una cultura muy sólida, una *documentación muy densa, una* doble facies de literato y de sociólogo, es el encargado de anunciar entre nosotros la buena nueva de este Congreso Universal de la Prensa.

Es el representante del Congreso Universal en todos los países de Hispano-América (perdone el Sr. Beteta á mi condición de español este repulgo de decir siempre Hispano-América y no Latino-América, como dicen los programas). El es el autorizado representante en todos los países del habla castellana y es á la vez el primer vicepresidente del Congreso Universal de la Prensa. La Prensa española debe responder noblemente á la amable invitación, y el Gobierno español debe contribuir generosamente á que los representantes de la Prensa española no desluzcan en aquella vasta Asamblea de tan diversas nacionalidades. La Prensa, con una selección escrupulosa, y el Gobierno, con su adecuada cooperación, deben ayudar á nuestro lucimiento y preeminencia en el Congreso Universal de la Prensa.

Entienda la Prensa española (á los organismos autorizados para ello me dirijo) que no son reporteros, periodistas de batalla, muy útiles por lo demás en toda Prensa, sino cronistas, escritores, periodistas doblados de literatos, personas que conozcan idiomas, que sepan hablar en público y que sepan luego reproducir sus impresiones; en suma: periodistas-escritores, aunque no sean periodistas en activo y militantes, sino en disponibilidad. Hágase una depurada elección entre los esclarecidos periodistas con que España se honra... Y el Gobierno cumple con su deber cooperando al buen papel y éxito de la Prensa española en este Congreso, para el cual viene á convocarnos é invitarnos el ilustre escritor Sr. Rodríguez Beteta...

Las secciones en que este Congreso estará dividido son las siguientes:

a) Gran Prensa.—Departamento editorial, literario y noticiero; gerencias comerciales; aspecto administrativo del periódico, circulación, propaganda, anuncios, publicidad, etc...

b) Periódicos de provincias (con los mismos aspectos que el anterior).

c) Revistas ilustradas y semanarios, ó lo que en Norteamérica se llama *magazines.*

d) Autores y escritores, cronistas, colaboradores.

e) Artes gráficas aplicadas á la Prensa.

f) Prensa comercial y técnica.

g) Escuela de periodismo.

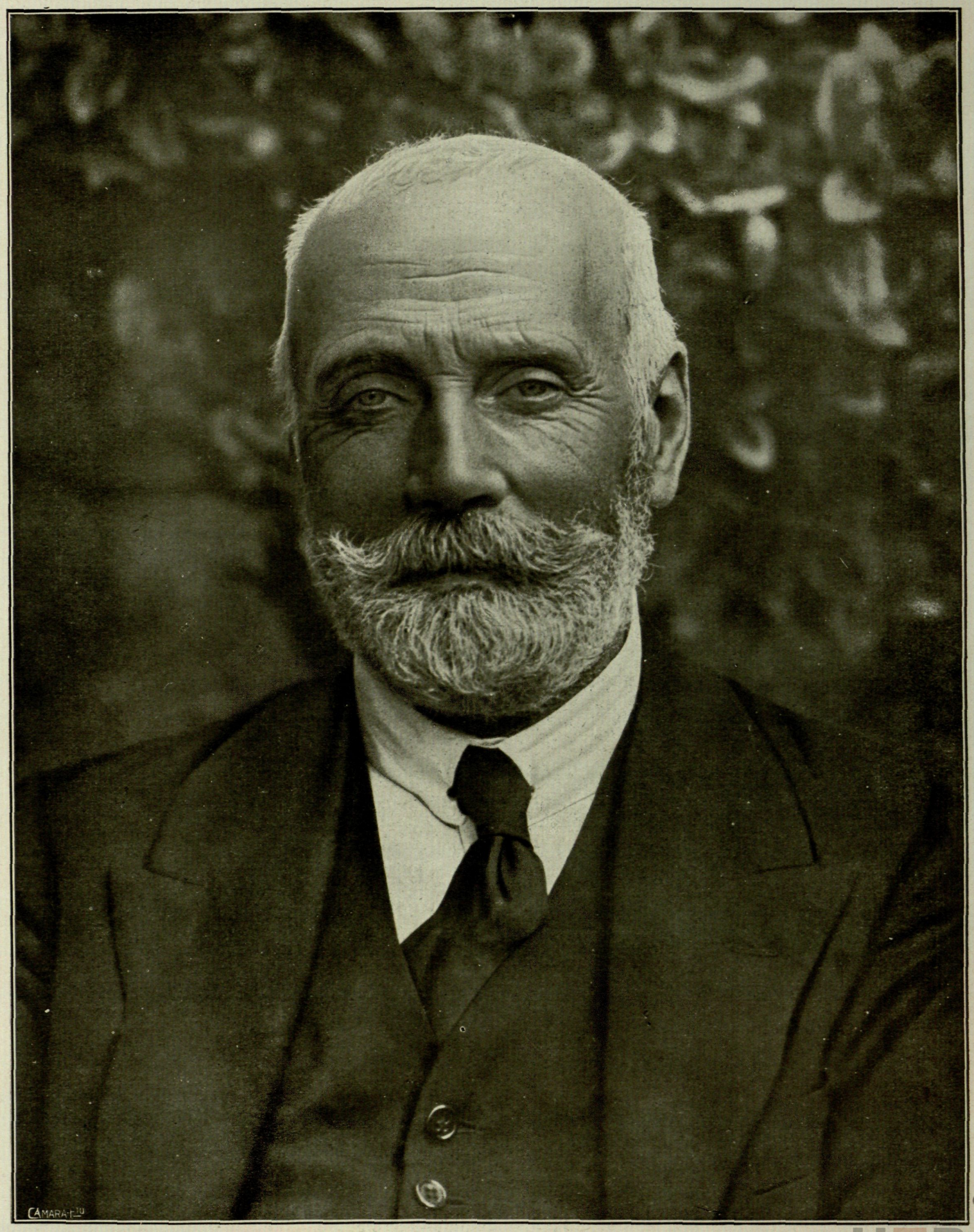
h) Proveedores comerciales: maquinaria, tinta, etc.

¡Ah!... Y termino con el ruego de que el próximo Congreso Universal de la Prensa se celebre en una ciudad ibérica: Barcelona, Madrid ó Lisboa...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

UAB
Hemeroteca General

PALACIO VALDÉS, ACADÉMICO

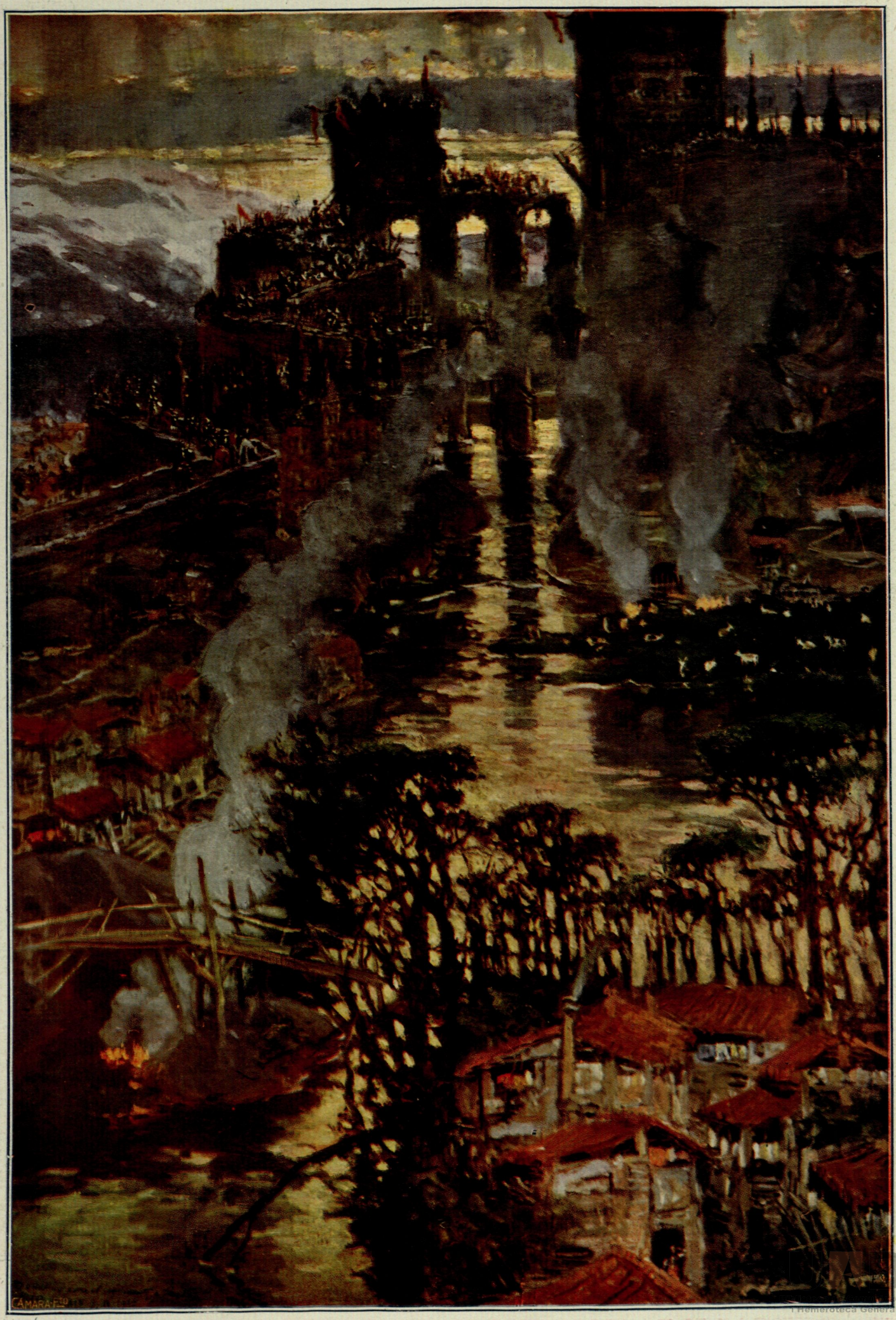


D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

Eminente novelista español, que el domingo 12 del actual fué recibido académico de la Española de la Lengua, con el aplauso unánime de la opinión, que ve en el ilustre escritor un paladín infatigable de nuestro idioma. El hermoso discurso de entrada fué contestado con otro, notabilísimo también, de D. Eugenio Sellés, marqués de Gerona

UAB Biblioteca de Catalunya Col·lecció General

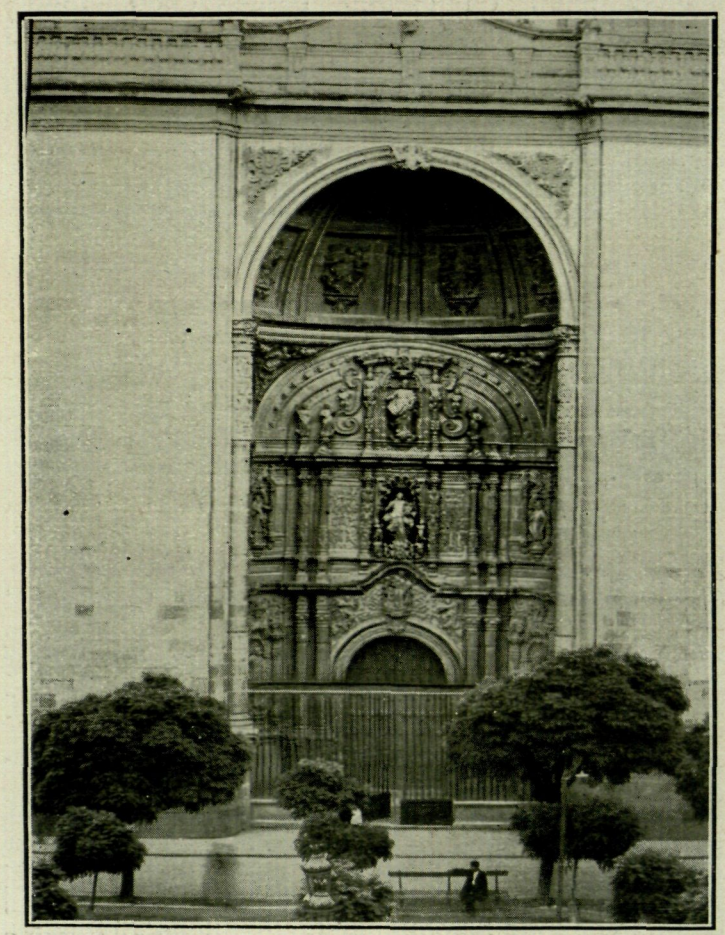
LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



CASTILLOS EN EL AIRE, cuadro original de Antonio Muñoz Degrain, propiedad del Círculo de Bellas Artes

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

LA IGLESIA COLEGIAL DE LA REDONDA



Portada principal

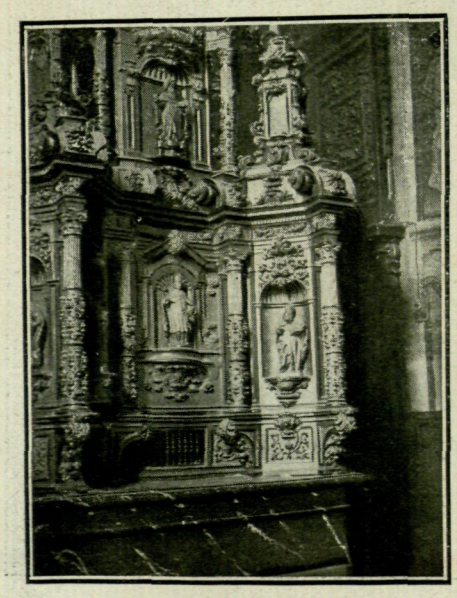
Portada lateral

FOTS. HIELSCHER Y ESPAÑA

La riqueza artística y monumental de España es un secreto para la mayor parte de los españoles. De ahí que cuando llegamos á una provincia, que era conocida de nosotros por determinado producto industrial ó agrícola, nos sorprendemos gratamente al encontrar con que no sólo en la capital, sino hasta en los más modestos villorrios de la provincia hay infinitas y estimabilísimas joyas arquitectónicas y artísticas.

En reciente viaje profesional á la provincia de Logroño pude admirar sus hermosos monumentos. Las iglesias de La Redonda, de San Bartolomé y Santa María de Palacio, en la capital; los monasterios de San Millán de la Cogolla y San Millán de Suso; el convento de Nájera; la iglesia de Santo Domingo de la Calzada; las de Calahorra y de Haro, por no citar otras más, constituyen una verdadera riqueza monumental. Sobre todo, el monasterio de San Millán de la Cogolla, designado también con el nombre significativo de El Escorial de la Rioja, y el convento de Nájera, contienen tantas maravillas en sus claustros y sepulcros de Reyes en sus templos, en sus coros de artísticas tallas, en sus estatuas y pinturas murales, en sus archivos y bibliotecas, que bien merecían la pena de ponérseles en comunicación con el resto de España. Porque á esos pueblos no se llega sino después de un penoso viaje por carretera.

Las famosas torres gemelas



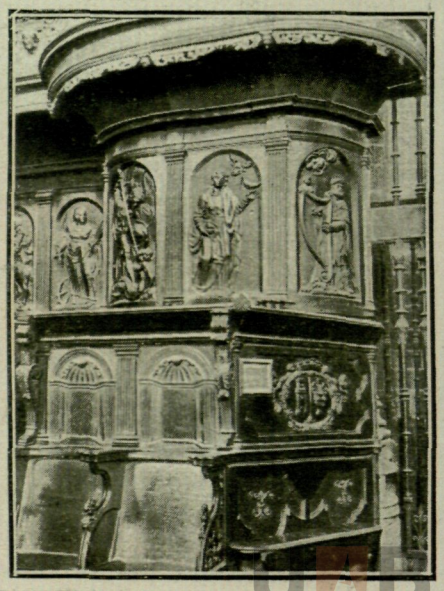
Un detalle del tabernáculo

□□□

La Prensa ha publicado un telegrama de Logroño participando que la iglesia colegial de La Redonda ha sido clausurada por su estado de ruina.

Sus hermosas y elevadas torres gemelas se alzan, airosas, dominando la ciudad toda, y aun se retratan en las aguas del Ebro, que corre bordeando la población. En la iglesia de La Redonda hay un techo de Lucas Jordán, que llama justamente la atención. Las estatuas orantes de varios obispos que yacen enterrados en la colegiata; su retablo; la urna del Salvador, de cristal, concha y plata; el coro; la valentía de las enormes ojivas de sus naves; sus puertas, sobre todo la principal, y la crestería de su fachada derecha, son una belleza incomparable. Allí yace el cuerpo del general Espartero. Su ruina hubiera constituído una insuperable pérdida.

MIGUEL ESPAÑA



Un detalle de la sillería del coro

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

HISTORIAS DE CUADROS

Cómo trataban los pintores á los Reyes

Ved aquí el retrato de una belleza célebre, Poisson, la hija del carnicero Poisson, que fué hecha, á la par que favorita, marquesa de Pompadour, por su amante Luis XV, aquel Rey á quien su cristianismo no impedía tener el más abyecto y el más divertido de los serrallos.

De ella pudo, con verdad, decirse que reinó en Francia durante veinte años, ejerciendo sobre el ánimo del Rey fascinación tal, que aun cuando el amor regio se había ya extinguido seguía gobernando el corazón del Monarca.

Mujer de singulares talento y perspicacia, comprendiendo que la pretensión de ser amada exclusivamente por un Rey libertino y disoluto, era captarse el desamor, conformóse con ser la primera y la predilecta de las regias amantes, y proveyó el libertinaje de su señor y presidió sus desarreglos. Su vida pertenece á las páginas inverosímiles de la Historia.

El famoso *Parque de los ciervos* fué creado por la imaginación depravada de Luis XV, pero sugerido por la malicia de la marquesa de Pompadour. Allí eran conducidas doncellas vendidas por sus padres, ó arrebatadas á sus familias, y de allí salían colmadas de dádivas y de envilecimiento. Los bajos agentes del sensualismo regio invertían años enteros en seducir muchachas, en hacerlas perder el último resto de pudor y de fidelidad, y casábanlas, cuando eran desechadas del *Parque,* con hombres viles ó crédulos. Otras eran lanzadas por el Rey, que se decía cristianísimo, á los burdeles parisienses... Aquella odiosa madriguera—dice un historiador—costó á Francia más de cien millones de francos...

Y, sin embargo, con sus gracias naturales, con la elegancia de sus maneras, aparentando prodigar entre pobres, doncellas y viejos desvalidos las larguezas de su opulencia, ensalzó ó suplió—como dice un cronista—la bajeza de su origen, la hizo olvidar, y durante no poco tiempo se captó el corazón del pueblo como se captara para toda su vida el de su Soberano.

Un buen día se le antojó ser retratada por Quentin La Tour. Lo consiguió... Pero á costa de una humillación de su Rey... La favorita halló en el pintor la horma de sus zapatitos, de aquellos zapatitos con los cuales ella implantó la moda de los tacones «Luis XV», para que las mujercitas como ella disimulasen la pequeñez de su estatura.

Retrato al pastel de Mme. de Pompadour, del Museo del Louvre, por Quentin La Tour

Seducido por las ideas filosóficas del siglo, La Tour afectaba, precisamente ante los poderosos, una altivez y hasta un desdén rayanos con la impertinencia. Amaba muy poco la Corte y menos aun á madama de Pompadour. Las negociaciones para el retrato, largas y tumultuosas, duraron tres años. A la primera invitación de la marquesa para que fuese á Versalles á retratarla, el artista respondió insolentemente al emisario: «*Dites á madame que je ne vais pas peindre en ville.*» La marquesa redobló sus instancias y sus halagos; escribió de su puño y letra á La Tour asegurándole que le interesaban mucho él y su admirable talento.

La Tour no pudo resistir más. Cedió, pero con la expresa condición de que ningún importuno osaría interrumpirle en su trabajo.

Apenas la marquesa en *pose,* el pintor se despoja, sin ninguna etiqueta, de todo cuanto pudiese molestarle, y se cala un gorro de lana.

De pronto aparece el Rey.

La Tour suspende bruscamente su trabajo, y en duro tono de reproche se dirige á su modelo:

—Me habíais prometido, señora, que vuestra puerta estaría cerrada para todos...

—¡Oh!—exclama el Rey con la más servil de las sonrisas—No os molestaré. Me estaré quieto en cualquier sitio. Continuad.

—No me es posible obedecer á vuestra Majestad—replica enérgicamente el artista—. Volveré cuando la señora esté sola. No me gusta que se me interrumpa.

Luis XV, acostumbrado al humor caprichoso y tozudo del pintor, no se molestó, y se largó fuera de la estancia.

Así hablaban en otro tiempo los pintores á los poderosos.

Sin embargo, á juzgar por el retrato, nadie creería esta anécdota, y sospecharía al artista de espíritu cortesano y adulador. Esta mujer encantadora, de cabellos empolvados, de carnes rubias, de falda rameada de hojas de oro, está muy favorecida, sin faltar, es cierto, á la probidad artística. La delicada marquesa no estaba ya en el triunfante esplendor de su juventud. Bella aún, los años y las intrigas de la Corte han impreso en sus rasgos las huellas de una fatiga evidente, que le hace temer una próxima desgracia. Aunque sus manos revuelven unos papeles de música, su pensamiento está muy lejos. El mejor acierto de esta obra maestra está en la expresión del momento psicológico en que fué retratada la Pompadour. Su cabeza, vuelta ligeramente, como temerosa ó sorprendida, parece haber escuchado un rumor peligroso: la propia llegada del Rey, de cuyo corazón la marquesa, en el declive de su belleza, ya no está muy segura.

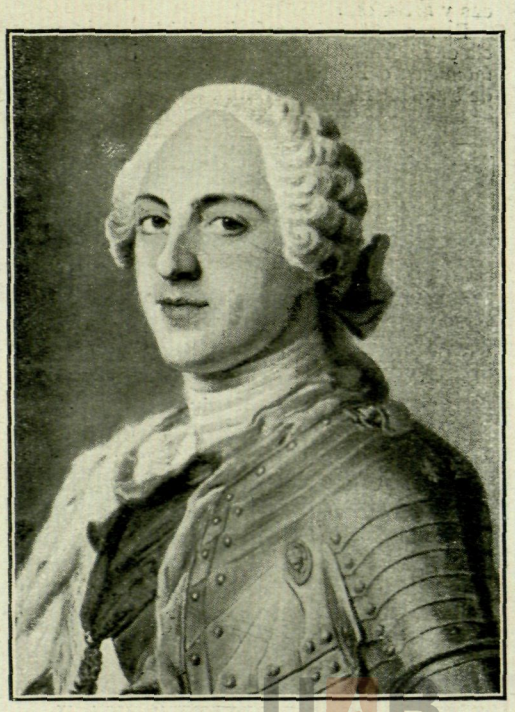
De este retrato suélese decir, superficialmente, que simboliza al *joli siècle* elegante y voluptuoso, espiritual y brillante, el siglo de las pastorales floridas, de las mitologías graciosas y las fiestas galantes.

No es exacto. Aquellas bellas faldas rameadas, con sus desórdenes, simbolizan si acaso la incubación de la Revolución francesa... Si es el siglo que en las alturas da Reyes y favoritas tales y ministros infames, como Dubois, también da preceptores de Príncipes, como Fenelón; en los bajos del pueblo produce también á Rousseau, Diderot, D'Alambert, Montesquieu, que concibe su *Espíritu de las leyes;* Bouffon con su *Historia Natural;* Condillac con su *Tratado de las sensaciones* y el resto de la cohorte de pensadores que revelaba la potencia de la verdadera alma francesa y anunciaba su futura influencia en la política de todos los pueblos.

¡Ah! Y Quesnay, el médico de Luís XV, hablaba por primera vez del impuesto único que tanta boga había de alcanzar en el presente siglo...

E. GONZÁLEZ FIOL

Autorretrato del célebre pintor La Tour, en 1750, del Museo del Louvre



"Retrato de Luis XV", por Quentin La Tour, del Museo del Louvre

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

LA ESPERANZA

Esperar. He aquí el verbo sonriente y terrible, merced al cual toda vida llega á su postrer minuto sin suprimirse en el primer desengaño. Jehová, en sus cóleras contra los primeros hombres, debió pensar en borrar la esperanza de las posibilidades del alma; mas comprendió que sin ella la existencia sería imposible, y decretó el trabajo, el dolor y el diluvio antes de abolir en el espíritu esa quimera que permite soportar el presente con el ansia puesta en el porvenir. ¡Tarea dulce y fatigosa la de esperar! El corazón acelera su ritmo; los sentidos, cual hélices que girasen en el vacío, fingen fantasmas de sucesos, y las potencias íntegras del ser, en el ademán único de la alada victoria, de pie en la proa del hoy, hienden las olas aún no nacidas, en demanda del hecho, del minuto, para cuyo advenimiento—que acaso al llegar nos decepcione—realizáronse tantos esfuerzos arduos y consumiéronse tantísimas horas de dolor.

Mas hay que esperar, porque esa es la función suprema del hombre. Ni siquiera importa demasiado la calidad de lo que se espere. En sí mismo el hecho de esperar tiene su máxima virtud. Feliz ó aciago, lo que se espera, atrae. En la infancia, es la adolescencia; en la adolescencia, la madurez; en la madurez, el bajar á la fosa, y, aun en sus bordes, el anchuroso mar ignoto. Hasta los más apartados de contingencias y mudanzas esperan algo sin nombre y sin forma; se espera la respuesta á una carta que no se ha escrito; se espera que entre la multitud innúmera la suerte ó la desventura nos señalen con su índice; se espera siempre, hasta cuando el alma está dormida. La esperanza es el supremo medio que posee el mañana para llegar á convertirse en hoy.

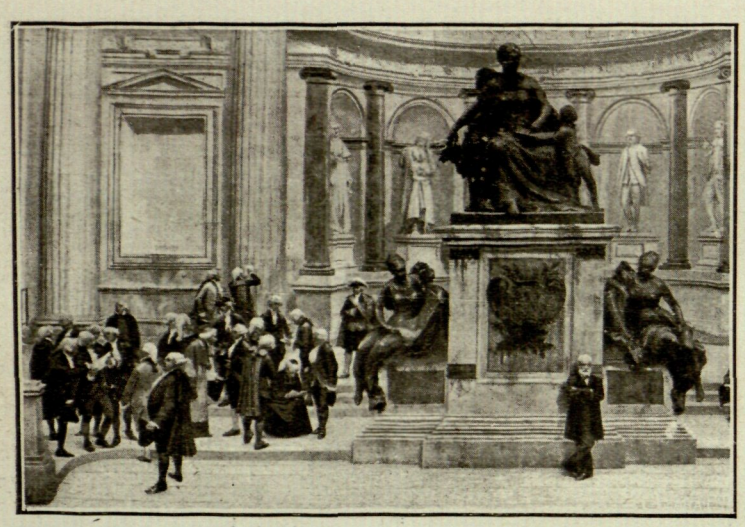
Y no es fácil disciplina la de aprender á esperar, no. Esperanzas hay incompatibles con el ritmo sosegado de la dicha; esperanzas que consumen como hogueras en vez de confortar con tibios rayos en el desamparo del deseo. Dañina es esa esperanza que se delata en ademanes bruscos y sale en bruscas luces por las pupilas; sedante que se trueca en sonrisa y quietud. Pero ambas son preciosas si se las compara con el yermo gélido de la desesperación, donde toda satisfacción del espíritu es imposible; tan imposible que hasta los menos de conciencia y de voluntad esperan algo sin saberlo.

Así esperan estas ancianas que en la blancura de abandono del Asilo ven pasar las horas con marcha lentísima, monótona. Sus carnes, presintiendo ya frialdades de tierra, tienden á insensibilizarse, y el dolor—que el placer huyó para no volver nunca—ha ido á refugiárseles en los huesos. Con sus ojillos lacrimosos, de un llanto que ya no necesita ni motivos para verterse, ven sucederse la luz y la sombra, y aun en ésta, en medio de la noche, se abren insomnes, cual si quisieran huir del sueño largo que les aguarda... Y este temor es esperanza también; es una mala esperanza que va de una á otra mientras tejen en silencio, bajo la caliza penumbra. En sus almas todos los anhelos se han abolido; en sus inteligencias se han apagado todos los fulgores, y, sin embargo, el hada verde perdura; y aun cuando la color de su manto no tenga el brillo jubiloso de antaño, no por eso vive con realidad menor. Sentadas muy juntas, como se sentaran en los días juveniles á la hora de la fiesta, en espera de los galanes bailadores, aguardan seguras de que en esta ocasión ninguna sufrirá desaire, y cada vez que se bate una puerta ó que la escalera cruje, las agita ese inconfundible temblor que sentimos cuando la esperanza y el miedo nos estrechan á la vez. Acaso ven en el umbral ó en los carcomidos peldaños aparezca con aquel esqueleto, danzador incansable, que pintara Alberto Durero.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

FOT. M. S. LASSO DE LA VEGA

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

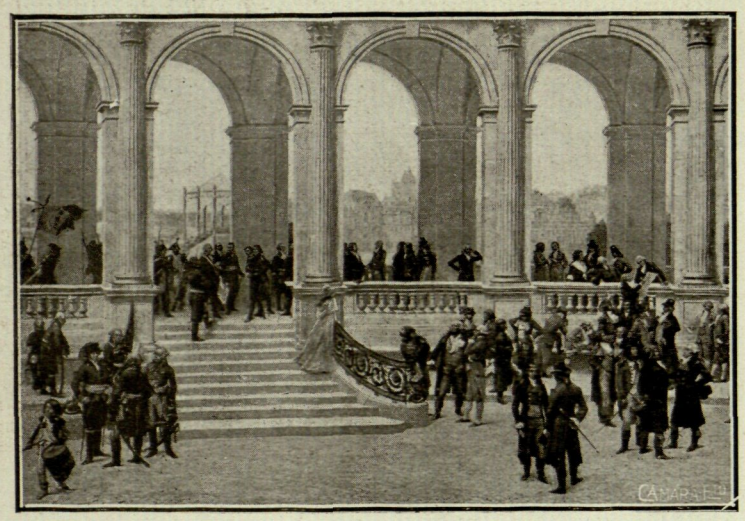


ENTRE MIRABEAU Y VÍCTOR HUGO

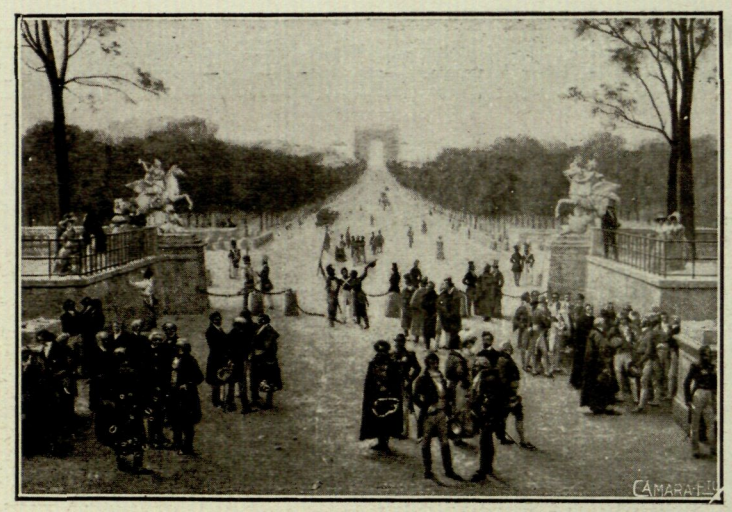
EL GENIO DE FRANCIA

En 1889, cuando se conmemoró el Centenario del comienzo de la Revolución francesa, dos artistas, Alfredo Stevens y Enrique Gervex, pintaron la historia de aquel siglo en un cuadro mural circular. Jamás se ha hecho en Francia una apoteosis más exacta y más halagadora. Todos los grandes hombres del siglo más fecundo de Francia están allí retratados, en una sucesión de grupos y escenas que, como la vida misma, parecen no interrumpidas. Sólo la Muerte, como acontece en la realidad, va eliminando los personajes. Como si fuesen las piezas de un broche, hay dos figuras que abren y cierran el período histórico evocado por los pintores; que son el principio y el fin de este círculo admirable que comienza y termina en la estatua monumental de Francia, que, sentada en su trono, enseña á un niño—símbolo de los pueblos—á leer los Derechos del hombre. Estas dos figuras son Mirabeau y Víctor Hugo.

Empieza el siglo con un rugido del gran orador y acaba en una silenciosa meditación del gran poeta que, cruzado de brazos, mira al porvenir con sus impasibles ojos de Esfinge. Alrededor del tribuno con cabeza de león se agrupan los primeros constituyentes que van á prestar el juramento del Juego de Pelota, y los grandes señores, que se sintieron transformados por las enseñanzas de Rousseau y de Voltaire y se disponen á destruir los privilegios de la aristocracia. La triste Corte presencia el espectáculo de la Revolución en marcha. Allí, el orondo Luis XVI y la hispada María Antonieta parecen ofrecer al inocente Delfín en holocausto á la patria, mientras Sieyes, el clérigo, redacta la Declaración de los Derechos del ciudadano, como nuestro Muñoz Torrero redactara poco después la Constitución de Cádiz; allí, el duque de Liancourt, quien había de dar al Rey la famosa respuesta: «No, señor, esto no es una algarada; es una revolución.» Todavía están allí los cortesanos de la Monarquía: Necker, con sus cuentas en la mano. Rohan, el cardenal del collar, que repite, soberbio, su divisa: «Rey, no puedo; Príncipe, no quiero; Rohan soy.» El general Lafayette, que regresa, héroe, de América y no acierta á comprender lo que quiere Francia. Allí mismo, perdido el temor á la Corte, Camilo Desmoulins arenga á la muchedumbre, mientras Beaumarchais y Lavoisier, hablan, en la indiferencia, de su ingenio y de su ciencia. Dos escritores, Volney,



Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General



el autor de las famosas *Ruinas de Palmira,* y Condorcet escuchan atentamente al doctor Guillotin la explicación de la máquina misericordiosa que había inventado.

Más adelante, encontramos al pie de una escalinata á Marat y Robespierre escuchando atentamente á Danton, que habla con su característico ademán imperativo. Sigilosamente avanza de peldaño en peldaño Carlota Corday. La rodean los grupos tumultuosos de la Convención, de los Jacobinos y de la *Commune* parisién; allí he aquí su admirable Corte de damas. La Recamier, la Tallien, la Remusat, la Stael y otras madamas famosas comparten las sonrisas de los pintores, los escultores, los literatos y los comediantes, mientras la familia Bonaparte representa la admirable comedia de su Imperio improvisado. Josefina, Emperatriz, preside el desfile de la epopeya napoleónica. La rodean los regicidas de ayer, príncipes y grandes duques hoy; la rodean las hermanas y cuñadas del Emperador, la prudente Elisa, la ardiente Carolina, la manos, más como nosotros sus actores. Muchos de estos rostros pintados por Stevens y Gervex nos son familiares. Luis Felipe y la Reina Amelia, con sus hijos artistas, marinos y soldados, se rodean de Guizot, Lamartine y Montalembert. Dijérase que cuanto vamos á ver en lo sucesivo forma parte de nuestra propia personalidad. He aquí á Beranger, el cancionero; á Pablo Luis Courier, el libelista; á Jorge Sand; á Julio Sandeau, y á Stendhal, que nos han recreado con sus novelas. Thiers acaba de llegar á París como

Andrés Chenier, el poeta, escucha á Rouget de Lisle los primeros compases de la *Marsellesa.*

Ante los catorce Ejércitos que la coalición de los Reyes de Europa lanza sobre Francia, la Revolución, en marcha, ofrece sus héroes. Carnot ha decretado la victoria; el tamborcillo Barra bate en su parche el paso de carga, y á su són se congregan los generales del Ejército real de antaño y muestran el sendero de la gloria á los generales improvisados: son Hoche, Massena, Custine, Moreau, Kleber y tantos otros, precursores de Napoleón.

Pasada la tormenta y triunfante la Revolución, escultural Paulina, la afable Hortensia; la rodean mujeres cuyos apellidos matrimoniales son eco de victorias. Napoleón, impasible, saluda á la Emperatriz. Los derechos del hombre acaban en aquella apoteosis militar, deslumbrante de soberbia, que hace estremecerse al mundo, que derriba y alza imperios, que encumbra dinastías nuevas suplantando al derecho divino...

¡La Restauración! Los Borbones otra vez. El titán ha sido vencido. Entre tanto, Luis XVIII ofrece la sensación de que la edad heroica ha terminado. Más cercanos ya á nosotros, los sucesos nos parecen más pequeños, más huaventurero que ansía la conquista del porvenir. Michelet nos conmueve con su prosa apasionada. Musset canta el amor y la juventud y hace del romanticismo una religión con rito de locuras.

En la corte de Eugenia de Montijo, como luego en la República, todos los nombres y todos los rostros nos son conocidos. Victor Hugo cierra el siglo glorioso. El genio de Francia condensa en este homenaje á su asombroso siglo revolucionario cuanto la Humanidad tiene de más glorioso.

MARTÍN ÁVILA

CUENTOS DE "LA ESFERA"

DON JUAN, VIAJA

CARLOS López de Pancorbo y Romerales—veintitantos años, rico, soltero, etc., etcétera—rectificó su primera impresión: la desconocida podía ser *chic,* él no lo dudaba, pero de un *chic* resbaladizo, equivocadamente exótico; trascendía por igual—sintetizaba con una frase «muy Felipe Trigo»—á pecado y á lilas tempranas. Además, así, en la semipenumbra del compartimento, resultaba, ¿por qué no?, resultaba hasta bonita. Y mejor que bonita, mórbida, apetitosa... Vamos, una mujer «brutal».

El tren se detenía por instantes. Al isócrono «Ro-me-ra-les, Ro--me-ra-les», sucedía ahora ese vago é inconfundible rumor de las grandes estaciones, nuevo zumbido de colmenas: arrastre de carretillas, campaneo, pitidos, largos y estridentes pitidos...

—¡... del Campo! Cinco minutos de parada y fondaaa...

Cuando de Medina del Campo—mozos soñolientos, viajeros precipitados, anís Balmar—sólo quedaba el recuerdo molesto de una molestia más del viaje, Carlos reanudó sus bruscamente interrumpidas observaciones. Claro que un «cromo»—se decía para sí—no lo era la desconocida; él tenía buen gusto y sabía distinguir de estas cosas. ¡Phs, las señoras!... Conchita la Cartagenera, Margot, Adelaida... *¿Pa* qué os voy á contar, jovencitos? ¡Una tontería! Que se lo rifaban, pero, así, rifárselo, ávida y descaradamente, no había ni que pensarlo; saltaba á la vista, como el físico cyranesco. Tú—rememoraba cierto esbozo de retrato que le hizo un día Charito Ruiz—, tú, querido Carlos, con ese bigotito recortado y ese *cachet* en el vestir, inspiras, si no una pasión volcánica, simpatía, amor; das, en una palabra, la sensación de un *Tommy* flaneando por el *Bois*...

Satisfecho de la oportunidad de la «saudade», como diría Polo el exquisito, y agradecido y lisonjeado por las miradas furtivas—juraría que la desconocida se «timaba» escandalosamante, á pesar de estar como embebida en la lectura de *Vogue*—, se apretó el nudo de la corbata, tarareó un cuplé de la Raquel; presentía, tentadora y sabrosa, la aventura...

—Pero, ¿qué las das, Celipe?—resumió.

Palencia habíase hundido en el misterio de la madrugada—profunda y sin estrellas, como suelen serlo las de la meseta, sobre todo por la otoñada—, y á Carlos no le acababa de convencer una verdad que parecía una mentira; pero una mentira, como la mayoría de las mentiras, picante y consoladora: iba á solas, ¡á solas!, con la desconocida, pues los otros viajeros se fueron quedando entre Valladolid y Venta de Baños. A solas, pues, con la desconocida, que dormía, tranquila, rítmicamente, sin inquietudes ni desasosiegos; y dormía con tal placidez en el rostro, con tan confiada despreocupación en toda su gentilísima persona, que despertarla, antes que una cruel indiscreción, hubiera sido un crimen: un crimen de lesa belleza. Por una mujer así, no bonita, ciertamente, pero á quien la gracia diríase ungirle con los óleos de la serenidad, Carlos era capaz...—¿de qué sería él capaz?—de hacer, desde luego, una «bestialidad»; aprobar el Penal con Mínguez, subir á doscientos la cuesta de las Perdices en su *Indian*...

—¡Ah! ¿Pero nos han dejado solos?

Medio incorporada en el asiento, le sonreía la desconocida. La ambigüedad de la sonrisa, digna de ser inmortalizada por otro divino Leonardo, más que la voz—y la voz languidecía en arrullos maternales—, sellaron sus labios unos segundos, un interminable minuto de sorpresa y azoramiento.

—Sí, solos... ¡Al fin, solos!

—¡Já! ¡Já! ¡Já!

Las carcajadas, frescas y cosquilleantes carcajadas—desgranar de un surtidor en la fronda, en el silencio de la noche—, acabaron por desconcertarlo, haciéndole balbucir...

—No, no... Quise decir... Pues usted comprenderá, señorita...

La desconocida, al parecer de una comprensión más que problemática á tales horas, á juzgar por el entornamiento de párpados y abrir de boca, no reparó sino en estas dos minucias, transcendentalmente prosaicas: que la almohadilla necesitaba mullirse, y que el *plaid* se le caía rodillas abajo, á los pies. Arregló una y otro, cambió de postura, se libró del martirio de horquillas y peinetas, y, seguidamente, con un mal disimulado bostezo, repuso á media voz:

—Buenas noches, señor.

O lo que es lo mismo: «Que usted se alivie, caballerito.» Imbécil, «pasmao», él era cualquier cosa; ni siquiera cualquier cosa: todo, menos un hombre. Y todavía menos que un hombre, un conquistador... ¿Un conquistador? ¡Ay, qué risa! De manera que tú—se increpaba por lo alto, con rabia—, Carlos López de Pancorbo y Romerales, como si dijéramos una «pochez», el «hacha» de los maridos y la guillotina de los papás... ¡Y, al fin, solos! No, no quería pensarlo; le dolía el recuerdo, le afrentaba, como un escupitajo en plena faz. Porque, vamos á ver: ¿qué diría de él Milagritos, la ingenua chiquilla de las trenzas de oro? ¿Cuáles no serían las risotadas, aquellas risotadas, plebeyas y groseras, de Lola, al comentar el lance? Pues ¿y la «peña» de *Maxim's?* De casto José para abajo, no habría burla sangrienta ni mueca desdeñosa...

□□□

Una claridad levemente rosada se extendía por el compartimento, y, al exclarecer sombras rebeldes, abocetaba figuras de personas, contornos de cosas; la alborada traía, pues, un nuevo día. Venía el día—según observaba Carlos, aún enturbiadas las pupilas por el sopor y la pesadilla, el sarcástico «¡Al fin, solos!»—en medio de la llanura, por tierras palentinas, rasas como la cota de sus mesnaderos epopéyicos. Lenta, gradualmente, el mal sabor de boca, el dolor sordo de las articulaciones, el pesimismo, todo ese vago, pero tenaz malestar que deja una mala noche, fué desvaneciéndose, cual si se disipase con el agua que le había quedado limpias las mejillas. Sin «sentir» las ojeras, con una rara agilidad en el cuerpo y aun en el espíritu, iba gozando, á sabiendas de que gozaba, de varios anónimos placeres, que él, por definir, definía así: el placer de la mañana y el placer de contemplar los dientes de la desconocida...

La mañana, de una diafanidad de luna de Venecia, era suave, fragante, tibia. En una mañana como esta—discurría Carlos, poseído de un romanticismo que le retrotraía á los buenos tiempos de su sarampión literario—se explicaba el «gesto» de un Don Alonso de Quijano, jinete de Rocinante, saliendo por los campos de Mon-

tiel, que es tanto como salir á los de la Ilusión. Como esta también sería la mañana de la partida de Colón, á bordo de sus simbólicas y femeninas carabelas. Que el secreto del dinamismo, como la piedra angular del trabajo y de la regeneración, quizás estuviera, no tanto en la tensa voluntariedad de un Edison, como en la milagrería taumatúrgica de la mañana clara y olorosa...

Se detuvo Carlos en su vagabundaje soñador, porque la desconocida se desperezaba con una salutación que sonó á repique pascual, á Epifanía...

—Hermosa mañana para amar.

—Sí, hermosa..., pero no tan hermosa como usted, señorita.

Mientras la charla se deslizaba á tono con el paisaje, esto es, llana y gris, Carlos se creía obligado á rectificar nuevamente sus impresiones. La desconocida no era bonita, mas tampoco era fea; era algo más extraño y atractivo que la proporción ó simetría de esta ó la otra facción. No podía decirse con exactitud si los ojos embrujaban por demasiado verdes ó por demasindo anchos y rasgados — pues sentar como axiomática tal galantería hubiera pecado de vulgaridad—. Si bellos eran los ojos, ¿qué decir de las manos? ¡Ah, las manos! Largos y afilados los dedos, blanca y satinada la piel, diríanse hechos para pasar las cuentas gordas de un rosario. Sin embargo, lo más seductor, con serlo mucho los ojos y las manos, era aquel aire desprendido de su persona como un perfume á lejanía, á distinción, á *snobismo,* si os empeñáis; aquella mujer hacía pensar en el *hall* de un Ritz cualquier, *avant guerre...*

El tapiz leonés, de una ruda elegancia de guerrero asceta, hizo prorrumpir á ambos, unánimes y extremosos, en exclamaciones de entusiasmo...

—¡Precioso!

—¡Una divinidad!

Carlos, animado por las miraditas alentadoras de... *ella*—¿por qué no?, sí, de *¡ella!*—, le ofrendó la improvisación á que parecía brindar la esbelta gracilidad de aquellos álamos.

—Es como un ex libiis del Romancero.

Rota la fría cortesía, hablaron. Y tanto hablaron, y tal la efusión y cordialidad con que salpimentaron hasta las palabras más triviales, que, al iniciarse, pasada la Robla, la escenografía gigantesca de Pajares, Carlos se prometió á sí mismo, cómo al crepúsculo á la postrera llamarada solar, se adormecería en el regazo blando, mullido, perfumado de Matilde.

—¡Matilde!

Y un túnel, al abismarles en las ruidosas y hollinosas tinieblas, marchitó el comentario, seguramente madrigalesco, de Carlos, á quien el nombre de la desconocida dijérase haberle sugerido melancólicas nostalgias...

Busdongo, Ujo, Mieres, Santas Martas, Linares... toda la cuenca carbonífera desfilaba, hosca y riente á un tiempo, apenas entrevista por tal cual aéreo volquete y boca de mina. Por lo demás, nimbada por un sol de mies por sazonar, triunfaba la apacibilidad de égloga de Asturias. Carlos, hombre de la llanura y poco amigo de viajes, ante los maizales y los hórreos, las pomaredas y los torrentes, la vaca sedentaria y el rapaz rubio, no se le ocurría, aparte alguno que otro vago «Estupendo», «Definitivo», sino esos elogios rutinarios que la falta de sensibilidad y la sobra de panurguismo de cien generaciones ha cristalizado en lugar común. Así, decía á cada momento: «Asturias la mimosa», «Asturias la celta», como viajando por Valencia hubiera dicho «Valencia es un jardín».

Matilde, al oir lo de «Asturias la mimosa», etcétera, denegó con la cabeza, burlona:

—Sí, en efecto; eso han convenido que sea Asturias, como Castilla siempre ha de ser la del tosco sayal de peregrino. Sin tratar ahora de «descubrir» á Asturias, al través de las páginas de *La Regenta,* pudiera yo aventurarle, ¡que sé yo qué aventurarle! Pudiera afirmar, tan grave como un infolio eclesiástico, que esas montañas abruptas, inaccesibles, sin rival en Europa—, como no sean las de los Alpes, por el San Gotardo—, semejan, tanto por su grandiosidad como por su fortaleza, á los biceps de un titán que durmiera tendido al sol, con la cabeza apoyada en un tronco secular. Frente á él, repare usted que allí, en esa pradera verde, húmeda, aterciopelada... Se ríe usted, ¿verdad? ¡Claro! Me encuentra pedante, marisabidilla...

—Por Dios, Matilde: la encuentro encantadora.

Y moderna, para ser justo. En realidad, Matilde tenía poco de afín con tantas otras Matildes y Cármenes que él conocía, y cuya única ciencia se reducía á aporrear en el piano un vals de Worseley ó un *fox-trot* de *music-hall;* por regla general, ni aun eso, aparte balbucir un *Pardon, madame,* extemporáneo: sus conocimientos empezaban en los figurines de Weldon's y se agotaban en contar por los dedos el número de sus pretendientes. Pero lo sorprendente de la cultura de Matilde no era que repitiese estrofas de la Santa de Avila—la literatura en una mujer «tan de fuera» podía constituir una *boutade* más, como la de fumar egipcios, por ejemplo—, sino que estaba al tanto de las cotizaciones de las libras y de las arengas de Lenín. Pero todavía lo más sorprendente era que, á cada comentario, bien hablase «de la cruzada sefardi en Polonia», ó del coste de los fletes, lo hacía de una manera familiar, íntima, con una expresión tal de humildad por saber «aquellas cosas», que Carlos, por primera vez en su vida, callaba, ruboroso, corrido; su analfabetismo de señorito «bien» le inhabilitaba para sostener una conversación exenta de «camelos» y vacía de frases hechas.

Al penetrar en uno de los túneles—¿sería el último?—, más largo y tenebroso que los anteriores, Carlos creyó llegado el instante oportuno de insinuarse, de desarrollar su plan: iba á probar una vez más, no hay que decir que acariciado por el éxito, si sus audacias de irresistible eran ó no seguras, infalibles. Pero, á poco, se oyó á Matilde decir, con el mismo tono frígidamente cortés con que momentos antes se refería á la «teatralidad de Maura»:

—¿Qué le pasa, querido? Se marea usted, ¿eh? Voy á abrir la ventanilla.

Hasta que la torre de la catedral de Vetusta se agudizó, como una lanza en la pálida azulosidad del cielo, duró la declaración, súplica ó lo que fuese. Enmedio de su... emoción, que para algo han de valer los eufemismos, Carlos estaba contento de sí mismo, incluso halagado en su amor propio: la querella amorosa, dulce y pasional, había superado en espiritualidad, en galantería, á cuantas recordaba. Bayardo el caballero, Paolo el doncel—sobre todo Paolo, con su juvenil prestancia—, encarnaba en su cuerpo, blanco y mantecoso, como el de un efebo de la decadencia romana...

—La adoro, la adoro con toda mi alma, Matilde.

La brisa salitrosa y anaplética del mar les saludó con una ráfaga de yodo. Matilde, asomada á la ventanilla—juguetona, chiquilla...—, se volvía de vez en vez para anunciar, radiante de júbilo: «Ya se ven las casas», «Ya se vé el Musel», y huelga añadir que indiferente á la actitud, por una parte desairada y por otra parte ridícula, de Carlos, que imploraba una limosna de amor, poco menos que de rodillas.

—Pero no sea usted cruel, Matilde; dígame una sola palabra, una esperanza...

□□□

Iba á echar Carlos detrás de Matilde, andén arriba, cuando alguien se interpuso entre ellos, quedando distanciados el uno del otro unos metros; del tropel confuso y abigarrado de las gentes, apenas si el *esprit* del sombrero de Matilde les unía. Un señor joven, alto, distinguido, con un niño y una niña en cada mano, se abrazó á... Matilde, sofocándola á besos voraces y glotones.

—¡Mi Rosina!

—¡Enrique!

—¡Mamita, mamita!

Carlos rehuyó, pálido y descompuesto, la fijeza de unos ojos, que, bajo el velo moteado á lunares, le desafiaban despectivos...

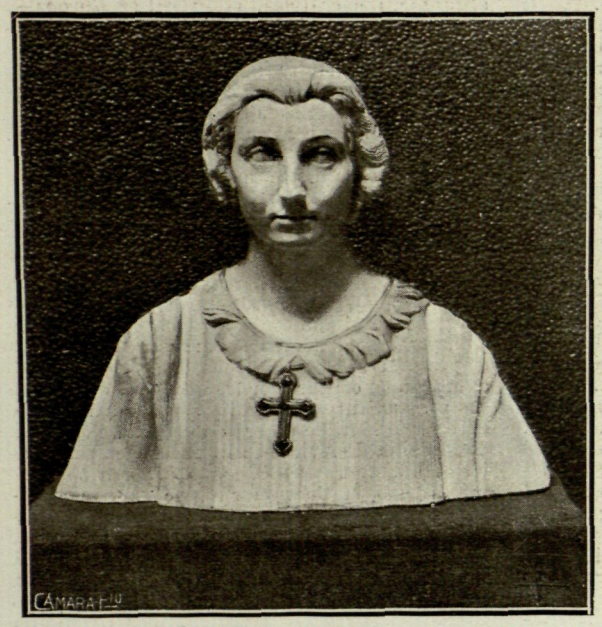
TEODORO MUÑOZ CREGO

DIBUJOS DE BUJADOS

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

LA EXPOSICIÓN ESPAÑOLA DE LONDRES

EL ARTE CONTEMPORÁNEO



"Retrato de la señorita de Jáuregui", mármol original de Quintín de Torre

"Roseta", bronce original de Ignacio Pinazo Martínez

"Retrato de la señorita de Villaurrutia", cuadro original de Eduardo Chicharro

Lamentábamos en el artículo anterior que estas Exposiciones—la de París, primero; la de Londres, ahora—, que tanto bien podían haber hecho á nuestros artistas contemporáneos dignos de tal nombre, contribuyeran, por el contrario, á sostener la idea de una falsa España, detenida estéticamente en la segunda mitad del siglo XIX.

Los errores iniciales—invitación particular á pintores y escultores de toda laya; seudo eclecticismo en la admisión de obras; mal encubierta intransigencia, por natural incomprensión y deficiente educación de la sensibilidad, frente á la pintura de vanguardia, etc.—pudieron ser atenuados en un Catálogo sensato y sin prejuicios.

Pero, lejos de atenuarles, el Catálogo, encomendado á un señor especializado en la pintura antigua, dedica enorme extensión de notas biográficocríticas á las obras de otros siglos, y carece en absoluto de toda clase de datos en lo que se refiere á los pintores modernos.

Semejante desigualdad es francamente censurable.

Los extranjeros aficionados á las bellas artes conocen suficientemente á Goya, Velázquez, *el Greco* y Murillo; pero desconocen á los artistas actuales. Ello si no han visitado á España; porque si han venido á nuestro país, el juicio es peor que no existente, puesto que ha de basarse respecto de la pintura en el Museo de Arte Moderno, y de la escultura viendo los monumentos públicos.

En el Catálogo de la Exposición de Londres no solamente cada nombre de pintor pretérito, sino cada una de sus obras expuestas lleva la correspondiente nota aclaratoria y apologética, como demostración de que interesa más valorar cuadros antiguos en el mercado londinense que conceder á los pintores actuales su verdadero rango. Esas notas se achican, se abrevian, cuando llegan los nombres de artistas fallecidos en nuestra época—incluso faltan totalmente en algunos, de tal importancia como los paisajistas Beruete y Regoyos y el escultor Julio Antonio—y desaparecen en absoluto, de un modo radical, en la lista de los coetáneos y vivientes.

Así la confusión de nombres y obras, donde las firmas de prestigio alternan con otras de notoria mediocridad, se aumenta.

▫▫▫

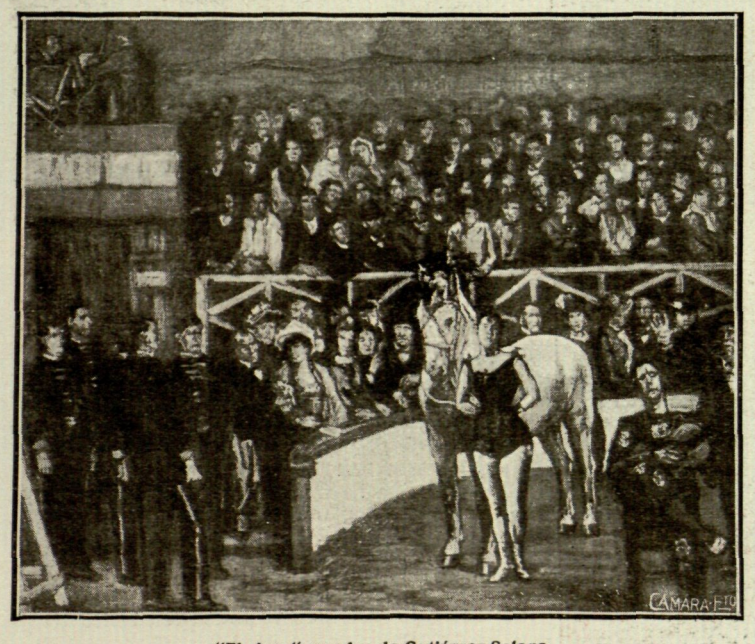
La sección de pintura es más extensa y menos incompleta que la de escultura. La mayor parte de las obras expuestas son conocidas del público español.

Pero al lado de estas obras, ya conocidas de los aficionados, profesionales y críticos españoles, hay en la de Londres otras varias que no se han expuesto en nuestro país, ó que han salido ahora por primera vez de los estudios respectivos.

Así el envío de José María López Mezquita, consistente en tres retratos: *Andrés Segovia, Soledad, Pilarcita.*

López Mezquita se encuentra en la plenaria madurez de su talento. Nadie hasta ahora puede disputarle su primacía de retratista. Es el más recio pintor de retratos á usanza española, centro de la tradición pictórica de los maestros del siglo XVII. Pero sin perder su gustosa y laudable filiación casticista, López Mezquita ha evolucionado en estos últimos años hacia un decorativismo amplio, que no daña lo más mínimo á su magistral y característica sobriedad. Modelo de esta última manera son su *Dama pálida,* adquirida para el Museo de Barcelona en la última Exposición general, y estos dos lienzos, *Andrés Segovia* y *Soledad.*

Pinazo Martínez ha llevado á Londres dos de sus cuadros decisivos en el reciente triunfo de Nueva York: *Alborada* y *Poema de Valencia.* Sutil, delicadísimo, en una armonía de nácares, ópalos, oros y amatistas pálidas el primero; cálido, capitoso, sanamente sensual, el segundo,



"El circo", cuadro de Gutiérrez Solana

"Puesta de sol", cuadro de R. Verdugo Landi

Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

"Retrato", cuadro de Ricardo Canals

"San Juan", bronce original de Julio Antonio

"Soledad", cuadro de López Mezquita

colman la capacidad pictórica del joven maestro en ese esfuerzo feliz de su nueva manera hacia una depuración idealista, hacia una profundidad armoniosa. Arteta es otra de las grandes figuras de la sección moderna. Parco de dimensiones, su único cuadro expuesto es una de esas escenas marítimas de Vasconia que nadie como él sabe interpretar. Aurelio Arteta es como los Zubiaurre, un formidable intérprete de Vasconia y—más concretamente—de Bilbao. Su pintura, casi desconocida en Madrid, es de lo más puro, de lo más considerable de toda la pintura contemporánea.

Gutiérrez Solana, además de *Carnaval en la aldea,* presenta *Los autómatas*—aquel lienzo inolvidable que hemos citado varias veces y que pasó inadvertido en una remota Exposición del Círculo de Bellas Artes—y *El Circo.*

También Vázquez Díaz ocupa siempre su puesto de vanguardia con los *Idolos,* un paisaje, y el *Retrato de señora* ya citado.

Maeztu, el fastuoso, el bravo, el lleno de ímpetu, vital y de ansiedad lumínica, expone cuatro obras: *Campesinos, Ofrenda de Levante á España* y dos paisajes, esos paisajes macizados, de una comprensión arquitectónica de los volúmenes que nada deben al concepto impresionista del paisaje impuesto por los franceses. Verdugo Landi ha obtenido también uu sólido éxito de público y de venta. De las primeras obras adquiridas ha sido su marina, *Puesta de sol.* Inician los tres cuadros presentados en Londres lo que ya realizan sus obras últimas de este verano en las costas donostiarra y francesa. Finalmente, el *Retrato de la marquesa de Villaurrutia,* de Chicharro; el *Valle de Peiro,* de Llorens; *El barrio latino,* de Raurich; *Tarde de fiesta,* de Colom, y, como era lógico y esperado, los lienzos de Sorolla y los Zubiaurre tenían el relieve justo de su belleza y categoría.

"Día de fiesta", cuadro original de Colom

□□□

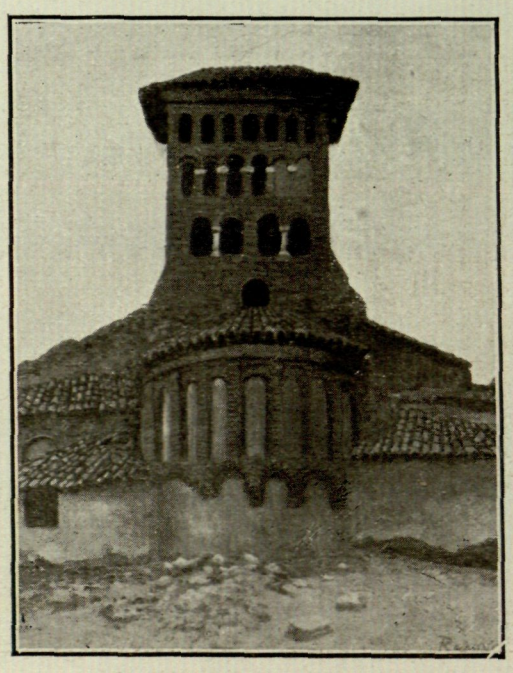
En la sección de escultura podríamos repetir todas las consideraciones generales que hemos hecho respecto de la pintura.

Mas aún encontramos en ella las obras conocidas: los retratos del Rey y de la Reina Victoria y de la Infanta María Cristina, de Mariano Benlliure; *La danzarina,* de José Clará; *El ídolo eterno* y *Forma,* de Mateo Inurria; *Cabrero de Zamora, Gitano* y *San Juan,* bronces de Julio Antonio; *Roseta* y *Amparito,* cabezas de muchachas valencianas, de Ignacio Pinazo; el *Torso de mujer,* de Juan Cristóbal; la cabecita *Rafael,* de Eva Aggerholn, y *Desnudo de mujer,* de Helena Sorolla.

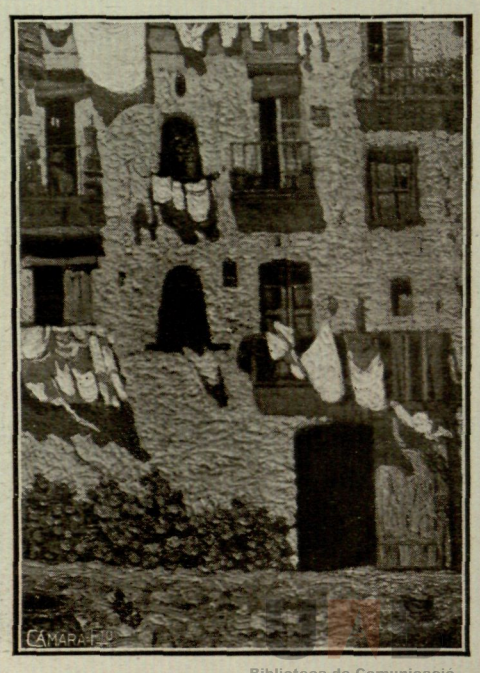
Todas estas obras han sido comentadas con elogio en Londres. Y con ellas los mármoles de Vicente Navarro, Quintín de Torre y Torre Isunza.

SILVIO LAGO

"Campesinos", cuadro original de Gustavo Maeztu



"Sahagún", cuadro original de Darío de Regoyos



"Barrio latino", cuadro original de Nicolás Raurich

Biblioteca de Comunicació

TARDES MADRILEÑAS ⊙ EN EL PALACE HOTEL

LA ESFERA

ASPECTO DE LA GRAN ROTONDA DEL PALACE HOTEL A LA HORA DE TOMAR EL TÉ, CUANDO LA INVADE UNA ARISTOCRÁTICA CONCURRENCIA

Es á la hora bruja del crepúsculo cuando Madrid adquiere su aspecto suntuoso de gran ciudad. Guiñan su luz lechosa los arcos voltaicos, rutilan los escaparates, y á través de la tibia neblina que el calor interno forma, las joyas centellean y los maniquíes con pieles costosas parecen mujercitas lejanas é inaccesibles. Los *autos* gruñen su estridencia y ponen fugitivos peligros—rojos, grises, amarillos, negros—á lo largo de las calles repletas. Los edificios modernos, con sus arquitecturas de un gocitismo y de un renacentismo arbitrarios, siluetean sus líneas en la constelada maravilla del cielo.

Y entonces es cuando las mujercitas elegantes buscan el cobijo grato del Palace Hotel, donde espera la orquesta voluptuosa de los Boldi y la gallardía frívola de los novios vestidos á la última moda.

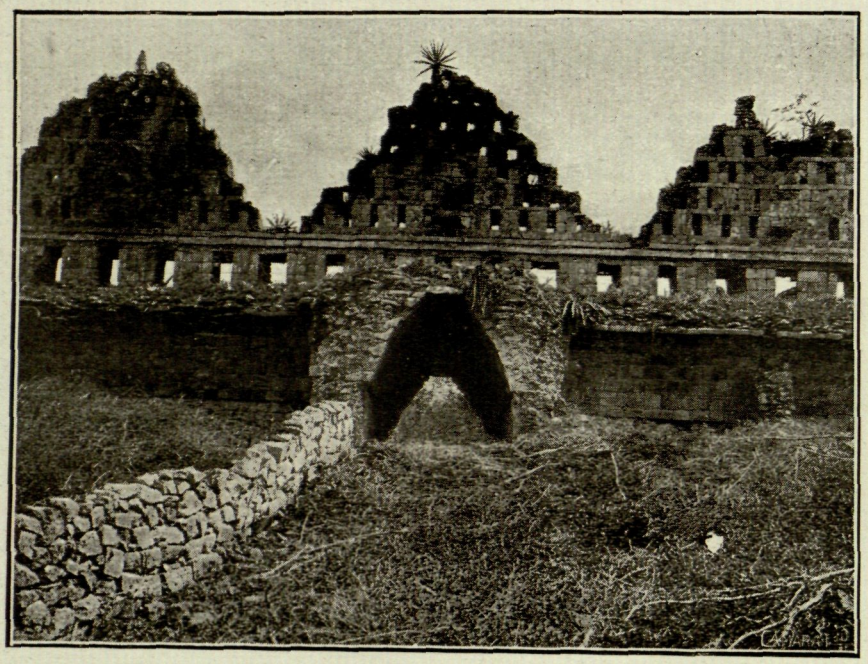
Primero en torno de las mesitas, hundidas en los blandos butacones ó en las frágiles sillas de jardín galante, las mujercitas madrileñas mordiscan pastelillos y palabras de amor. Bajo los sombreros amplios ó las capotas recogidas y coquetonas, sus pupilas tienen un divino maleficio, y el fruto carmíneo de su boca es una tentación.

Luego, las mesas se van vaciando lentamente. Los «violines de Hungría» que cantó Rubén brincan ahora en los ritmos rotos, enérgicos y saltarines de las nuevas danzas americanas, y las mujercitas, rojas de baile y de pasión, vangirando alegremente bajo la mirada sonriente del maestro Boldi, como la de un sátiro de piedra á quien la luz diera carnales y palpitantes apariencias.

BIBLIOTECA Hemeroteca General

DE LA VIDA ERRANTE

LAS FAMOSAS RUINAS DE UXMAL



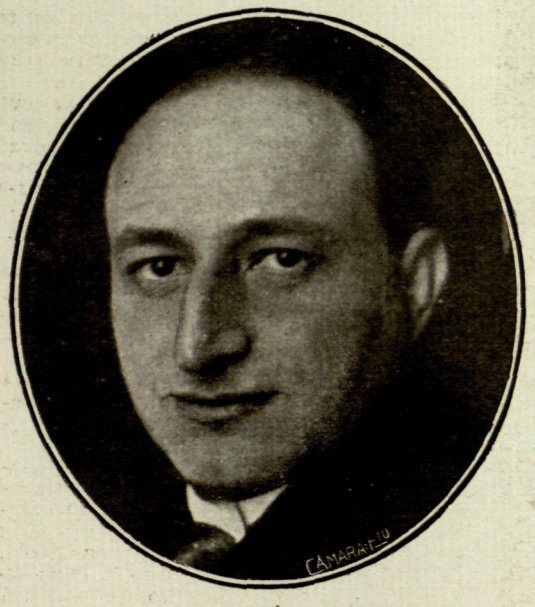
"La Casa de las Palomas"

Salimos de Mérida de Yucatán al atardecer y en ferrocarril, y dirige la excursión el poeta mejicano Antonio Médiz Bolio. Nuestra visita á las venerables reliquias de Uxmal, la formidable ciudad maya que las centurias vistieron con los mantos—más fuertes y bellos cuanto más antiguos—del Olvido y del Silencio, anunciábase como una maravillosa fuga á los mundos, inexplorados siempre, de la Evocación.

Además, en un paseo de tal índole, la compañía de Médiz Bolio ofrecía un interés excepcional. Este gran artista, con su descollada frente pálida, sus largos ojos penetrantes y nostálgicos y su boca sumida entre una nariz corva como un pico carnicero, y un mento sabático, es un tipo admirable para acompañarnos por el campo y de noche. Yo le imagino envuelto en una toga púrpura sobre la cual sus manos, blancas y apacibles, se moviesen explicándonos los detalles de algún viejo rito sanguinario. Es suave, insinuante, y desde sus pupilas doradas parece observarnos un alma contemporánea de otras civilizaciones; un alma que ya ha vivido...

El tren nos deja en una pequeña estación donde aguardan los tres coches que, en poco más de una hora, han de llevarnos á Uxmal. El traslado de equipajes—aparatos de cinematografía, municiones de boca, enseres de tocador, botellas de *whiskey*—se realiza enseguida. A la luz de unas linternas, los mozos que nos sirven acaban de poner los arreos á las caballerías, y los excursionistas se distribuyen en los vehículos; chasquean los látigos, crujen las colleras, y el convoy adelanta, bamboleándose sobre los relejes endurecidos de un sinuoso camino abierto en el bosque.

—¡Hasta luego!...



ANTONIO MÉDIZ BOLIO

Ilustre poeta, agregado á la Legación de México en Madrid, que ha dado en el Círculo de Bellas Artes una interesantísima conferencia sobre las ciudades muertas de los antiguos mayas

—¡Buen viaje!...

Se oye gritar en la soledad.

Nuestro coche va el primero, y la claridad de sus faroles apenas alcanza algunos metros más allá del tiro. Algo favorecen nuestra ansia de ver las luces de los dos coches que vienen detrás; pero siendo las curvas de la ruta tan bruscas, y sucediéndose unas á otras tan de cerca, aquel resplandor temblequeante no bien se enciende cuando se apaga, y es curioso advertir cómo, á compás del ir y venir de la luz, el alegre rebullicio metálico del convoy resurge ó se extingue en las revueltas. En lo alto, las frondas de los árboles, que separó el camino, dibujan otro camino ideal de estrellas; pero á veces las ramas se adelantan tan atrevidamente, que necesitamos curvarnos mucho sobre nuestros asientos para evitar que nos maltraten el rostro. Huele á tierra mojada, á hojas que se pudren, á savias fragantes y turbadoras que suben de la tierra; desde la hierba, las luciérnagas, amarillas como pupilas felinas, parecen atisbarnos. De cuando en cuando, á lo lejos, un rayo de luna, un rayo blanco, semejante á un chorro de plata, rompe la densa tiniebla del monte.

Es la hora propicia á las supersticiones, á las historias alucinantes con que el Misterio nos araña y enfría la piel...

A mi lado, Antonio Médiz Bolio evoca creencias milenarias, y en la obscuridad sus mejillas parecen cubrirse de una lividez nueva, y su perfil de aquelarre se hace más elocuente.

Sus labios acaban de pronunciar la palabra *xtabay;* una palabra maya...

— Las *xtabay* — dice — eran unas divinidades inferiores, semejantes á las ninfas de la mitología helénica: mujeres de cabellos rubios, que vivían desnudas en las selvas y que llamaban de noche á los viajeros. El caminante que las seguía no volvía nunca...

¡Oh, la leyenda, vulgar por lo muy repetida, pero siempre admirable y eterna, del hombre anulado, devorado por la mujer; de la Muerte reservada como castigo al delito invencible de amar!... Y esta vieja conseja, recordada allí, en el encanto de la noche yucateca, tiene un calofriante poder ancestral.

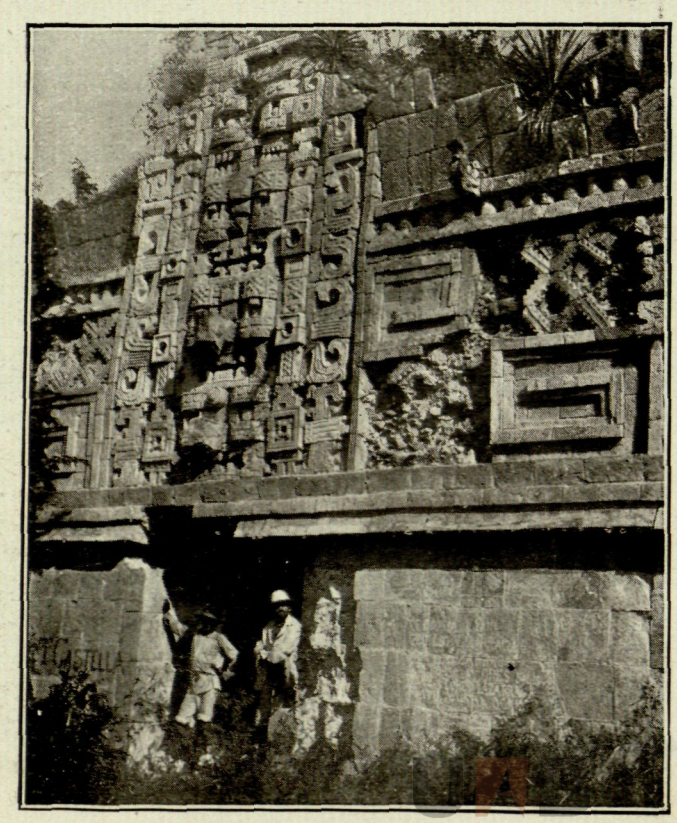
Después, Médiz Bolio habla de una enfermedad cutánea motivada por el abuso del maíz, y que los indios llaman *pelagra*. Es un mal obscuro—misterioso como su raza—que les conduce al suicidio. Es muy raro que un individuo aquejado de *pelagra* no se suicide ahorcándose; pero antes de colgarse de una rama, desembarazará de hierbajos aquel trozo de tierra que quede bajo sus pies y lo cubrirá de granos de arroz, para que, después de muerto, los pájaros no le piquen los ojos. Bella superstición, digna de un viejo pueblo, amante del sol, que ni aun en la eterna sombra se resigna á renunciar á la luz; que perezcan el cerebro, el corazón, las entrañas todas; pero que los ojos se salven, por si algún día...

De los labios delgados, sibilinos, del poeta, las historias extrañas fluyen..., fluyen...

«Una muchacha que servía en una casa de campo y tenía perturbadas sus facultades mentales, se ahorcó. Eran las siete de una tarde de invierno. A esa hora, su padre y los boyeros, que regresaban á la hacienda con tres carretas cargadas de henequén, oyeron claramente y por dos veces la voz de la moza, que les llamaba.»

Médiz Bolio refiere otro lance que apasionó la opinión y que infinitas personas recuerdan:

«Había una joven, hija de húngaros, cuyos ojos, de un extraordinario poder, producían en quienes los contemplaban el malestar de la sugestión



Un trozo de la "Casa de las Monjas" ó de "Las Vestales"

Biblioteca de Comunicació

tión. Eran unos ojos magníficos, de color de oro, que brillaban en la obscuridad. Los hombres la esquivaban, medrosos; creían que en ella se ocultaba un maleficio. Al fin un mozo, con fama de galanteador y de bravo, la tomó por mujer. El matrimonio se retiró á vivir al campo.

Una noche, varios cazadores buscaron al marido para que les ayudase en el acoso de un tigre que andaban buscando. La batida fué larga. De pronto el esposo recordó haber dejado abierta la puerta de su casa, y, recelando una desgracia, volvióse atrás. Al bordear la empalizada que circundaba el jardín, vió dos ojos amarillos, ardientes, terribles, en el inmenso hollín de la noche; los ojos del tigre... Y el cazador disparó y los ojos maravillosos, que le esperaban amantes, se apagaron...

Y cuando aquel hombre, que adoraba en su compañera, comprendió lo que había hecho—prosigue el narrador—, se quedó medio idiota, y ante los jueces, que al fin le absolvieron, no sabía contestar, y sólo repetía: «¿Por qué tendría aquellos ojos? ¿Por qué miraría así?...»

Continuamos hablando y autosugestionándonos con aquellos aromas de maravilla, cuando de repente, al salir de la sombra del bosque, aparecieron ante nosotros, bañadas en la dulzura mística de la luna, las ruinas de Uxmal; la ciudad de origen desconocido, vieja como los Faraones, sobre la cual más de cuarenta siglos han pasado.

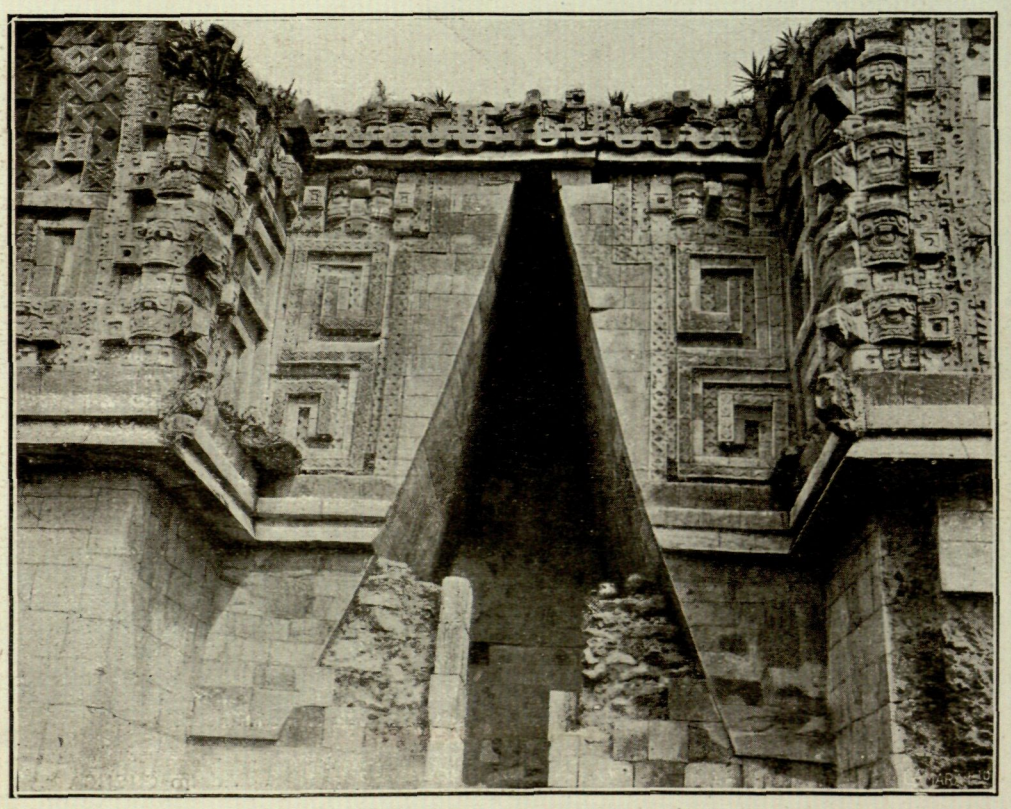
¿Quién fundó á Uxmal?... ¿Fueron los naturales del suelo yucateco? ¿Fueron los asirios, los caldeos ó los persas, según algunos historiadores aseguran?... Nadie lo sabrá, y sólo cabe afirmar que únicamente una civilización robusta pudo levantar esos edificios ciclópeos, fuertes y armoniosos á la vez, destinados á presenciar la agonía del sol.

La leyenda refiere que en los alrededores de Uxmal vivía una vieja hechicera, la cual, merced á cierto maleficio extravagante, consiguió tener un hijo enano, mas de tan extraordinaria inteligencia, que al año de nacer ya discurría y se expresaba como un hombre. Todas las tardes la bruja iba á la fuente en busca de agua, y regresaba enseguida. Percatóse el chiquillo de esta diligencia, y ganoso de descubrir lo que la anciana escondía bajo las cenizas del lar, determinó agujerearla el cántaro para que no volviese tan presto. Y sucedió que registrando las cenizas halló dos instrumentos musicales que, al ser tocados, resonaron clamorosos en toda la capital; por lo cual, y en virtud de una profecía que así lo anunciaba, el enanito llegó á ser rey; y entonces fué cuando levantó la «Casa de la Abuela» y la «Casa del Enano», por otro nombre «del Adivino». Después quiso dotar á su pueblo de un dios, y fabricó un gigante de madera que, al ser

Fachada principal de la Casa del Gobernador

sometido al fuego, ardió; hizo luego otro, de piedra, que sufrió la misma triste suerte, y, finalmente, modeló uno de barro, que mereció ser reverenciado y tenido en mucho, por lo que á los habitantes de Uxmal les llamaban *kul-katob* ó adoradores del barro. Hasta que indignados los verdaderos dioses equiparon un ejército que destruyó la ciudad.

Lo que autores tan avisados como Stephens y el abate francés Brasseur de Bourbourg escribieron de las ruinas de Uxmal y de las reliquias, no menos venerandas, de Mayapán y de Chichén-Itzá, hacen suponer que los mayas levantaban sus ciudades, abiertas y humildes, en torno de una altiva muralla que defendía, semejante á un cinturón de piedra, el lugar privilegiado donde únicamente elevaban los templos y las residencias de las autoridades, de la Nobleza y de los sacerdotes.



"La Capilla", en la Casa del Gobernador

Sorprenden las reminiscencias egipcias de estos edificios colosales, hechos, como las pirámides y las esfinges, para desafiar al Tiempo, y en los cuales muchos arquitectos buscan actualmente los cánones de una arquitectura nueva.

El «motivo» decorativo constante de estos monumentos es la serpiente, y algunos muestran aún aquellas líneas generales que nos darán idea exacta de su primitiva grandeza. La «Casa del Gobernador», entre las mejores, con una fachada larga de trescientos veintidós pies; la «Casa del Adivino», llamada también «del Enano», que forma un cono, alto como una montaña, rematado por una especie de templete ó capilla, y cuyos muros, tallados en peldaños, son practicables todavía; la «Casa de las Monjas» ó de las «Vestales», de proporciones gigantescas; la de «Las Palomas», la de «Las Tortugas»...., por no citar otras, y más allá los restos de una necrópolis, en la cual subsiste intacta una piedra destinada á los sacrificios sangrientos.

Desde el mirador orgulloso «del Adivino» contemplamos aquel vasto campo desolado, casi yermo, á donde la vida humana no ha querido volver, y bajo la claridad lunar las ruinas dispersadas, caídas, en la tierra obscura, semejan enormes osamentas. El Silencio, verbo de la noche, nos penetra y oprime nuestra alma con ansias de evocación. Nuestra carne parece bañarse en el frío maleficio de la luz astral. ¿Donde fueron los viejos ritos? ¿Dónde el polvo de los guerreros que en horas rojas de heroísmo asaltaron ó defendieron aquellas murallas? ¿Y la torturada juventud de las vestales mayas, obligadas, como las de Roma, á mantener encendido perpétuamente el fuego sacro y á no amar bajo pena de ser flechadas?...

Nuestra fantasía se inmergió en el porvenir y vió pasar centenares de siglos...

Un día—pensamos—las más hermosas ciudades de la Europa actual estarán así; la fiebre de la civilización habrá huído de ellas, y sobre las torres de Nuestra Señora de París crecerá la hierba.

Y junto á esta idea amplia del interminable naufragio de las cosas, el miedo ruín, egoísta, encerrado en estas palabras:

«Nada ha de quedar de mí...»

Todos callábamos; las conciencias se diluían en la contemplación. ¡Era el cuadro demasiado grande, demasiado fuerte, para que prevaleciesen las figuras!...

De aquella tierra cubierta de rastrojos; de aquel suelo carrascoso, yermo, duro, como maldito, subía á nosotros una fragancia de cementerio. Era la cosecha infecunda de los recuerdos, creciendo bajo el rocío del silencio como espigas mortales.

Biblioteca de Comunicació

EDUARDO ZAMACOIS

EL SEÑOR DE LAS AVENTURAS

Caballero
andaluz,
de la pluma en el sombrero,
de los anchos borceguíes,
y, sobre el traje severo,
los rubíes
de una cruz.
Verde insignia de Montesa
y un joyel de oro pulido,
que le ofreció una duquesa
por su galante promesa
en un madrigal florido.

De su bizarría ufano,
es irónico y audaz
su lenguaje cortesano;
siempre el acero en la mano
y el torvo insulto en la faz.
Luciendo su bravo porte
en la Corte,
sólo en adorar se inclina,
que con donaires perversos
va recordando los versos
de Góngora y de Cetina.

En Flandes, en desafío,
por la inquieta Beatriz,
á un judío,
con una firme estocada,
resistiendo una emboscada,
le impuso una cicatriz.

Ya se mofa de una ley,
de la muerte
y de un penoso destierro
con el índico Virrey,
que tuvo la misma suerte
porque ha cruzado su hierro
con la tizona del Rey.

A pesar de la fiereza
que denota su altiveza,
en su capa se arrebuja
con presteza,
si oye tañer la campana,
trágicamente lejana,
á las doce,
pues conoce
que es algún demonio ó bruja.

Defiende á los galopines,
porque busca en los festines
el rancio vino, el amor,
donde tenga espadachines
que jueguen vida y honor,
sin infundirles respeto
el secreto
de un bizarro inquisidor.

Y su alma, en asaltos ducha,
se cansará de esa lucha
triunfal,
que ha de roer un gusano,
vistiendo pobre sagal
y misteriosa capucha,
su mano
de franciscano,
exangüe y penitencial.

Adolfo CUENCA

DIBUJO DE BARTOLOZZI

UAB
Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

HORAS MADRILEÑAS

LA DE LA ANTESALA POLÍTICA

Es la época de los preparativos electorales.

Desde hace días circulan por las galerías de los rotativos centenares de nombres de los futuros candidatos; se fraguan proyectos y cábalas; cien plumas trazan otras tantas proclamas repletas de promesas; en todas las carteleras de la ciudad lucen su policromía las tiras de papel anunciadoras de mítines y conferencias. Manifiestos, circulares, recordatorios, cartas de promesa y de solicitud atestan cada día las valijas de los carteros. El Gobierno termina de tejer el encasillado.

Un vértigo comueve á todos los políticos y á los que aspiran á serlo. En el Casino, en la tertulia, en las Redacciones, se discute, se combinan candidaturas, se aseguran triunfos y derrotas.

Son los días felices de muchos hombres insignificantes.

En ellos bullen, se agitan, visitan á los amigos y á los allegados, se muestran espléndidos, afectuosos y demócratas como nunca; cada saludo puede ser un voto; cada reverencia, un favor; cada promesa, una seguridad de tolerancias.

En el Círculo, en el periódico, en la plaza pública, en la tertulia, en el artículo y en el mitin se revela la agitación que conmueve á la vida ciudadana...

Todos aspiran á ser padres de la patria; todos, impulsados por purísimos anhelos patrióticos, aspiran á figurar entre los directores de la cosa pública, convertidos de repente en redentores y milagrosos panaceístas de todos los males.

Y ha sido en uno de estos días de agitación y preparativos electoreros cuando hemos llegado á la antesala de uno de los ministros más calificados.

Apenas entramos, un hombrecito pequeño y sonriente, que anda á menudos pasitos saltarines, semejante á un gorrión, viene hasta nosotros, y, tras saludarnos afablemente, apunta nuestro nombre en una larga lista que lleva.

Hay que esperar aún bastante tiempo, y tomamos asiento en uno de los amplios butacones que llenan la antesala, espaciosa, sumida en una grata penumbra, propicia al descanso.

Las luces de la calle, amortiguadas por las persianas, apenas invaden la estancia, dejándola en una amable semiobscuridad gris, que invita á aislarse, á reposar cómodamente en la resignación de la espera.

A poco, y ya habituadas las pupilas al tono de la luz interior, distinguimos toda la antesala llena de visitantes en turno. Reina un silencio respetuoso de sacristía ó de antealcoba de enfermo grave.

Numerosas personas están también sentadas, cruzadas una pierna sobre otra, repantingadas en los sillones y apoyada la mano en el mentón, en actitud pensativa... al parecer. Que ya sabemos que nada se parece tanto á un hombre que piensa como otro que está sólo en actitud de pensar.

Pesa sobre todos ese curioso silencio peculiar que reina en las consultas de los médicos. Cada nuevo visitante se siente asaltado por las miradas escrutadoras de los demás, y el recién llegado dirige á los otros su vista con un destello de animadversión, como protestando de toda aquella gente que le ha tomado la vez. Algunos, en un ángulo de la sala, cuchichean animadamente, también con ese sordo bisbiseo, que es lo único que anima las salas de espera de los médicos cuando un cliente charlatán relata á otro sus dolencias.

Siguen llegando visitantes.

Un fornido personaje, que á leguas delata su condición de cacique provinciano, ha rehusado sentarse, y se pasea á lo largo de la antesala, taconeando lentamente, retorciéndose con los dedos, llenos de gruesas tumbagas, los grandes bigotes cerdosos, que le dan, con su continente altivo, un bizarro aspecto de viejo militar...

A poco penetra, precedido del secretario, un señor rechoncho y pelirrubio, vestido ostentosamente con un clarísimo traje á rayas, con blanco chaleco de dorados botones y unas estupendas polainas, color crema, sobre los impecables zapatos charolados.

El señor, que lleva también un hongo claro, se esfuerza en dar impresión de cortés y cruza toda la sala saludando á diestro y siniestro con reverencias leves, inclinamientos de cabeza y sonrisitas untuosas, que dejan ver el amarillo oro con que está ornada parte de su dentadura...

El señor este—sinfonía de colores primaverales—se recuesta, al fin, en una butaca y allí permanece acariciándose la barbilla, de un rubio oxigenado, siempre sonriendo, como satisfecho de su persona y de sus pensamientos...

Pero tarda, tarda en salir el visitante que está con el ministro, y hay en todos los que esperan un movimiento de impaciente...

—Este ministro—nos dice un viejecito pulcro y elegante que espera á nuestro lado—no es como D. Francisco... Ya sabe usted, Silvela estaba siempre de prisa. Y apenas el visitante permanecía dos minutos con él, ya estaba don Paco dándole suaves, cariñosos é inconscientes empujoncitos hasta que, sin el importuno darse cuenta y mientras seguía charlando, se hallaba fuera del despacho.

—O como Sánchez Guerra—interrumpe otro visitante, rasurado y correcto, con tipo de *sportman*, que no cesa de fumar egipcios—. D. José siempre lleva á su lado un taquígrafo, que, apenas el visitante saluda al ministro, toma nota de la consulta y tiene que dejar su puesto á otro, sin cruzar apenas la palabra con el ministro. Y se ha dado caso de que en ausencias del taquígrafo es un secretario el que va llenando de garabatos ininteligibles una cuartilla para que el recomendante se vaya tan satisfecho de que han tomado nota de su pretensión...

Nuevas toses discretas, nuevos movimientos acusan las impaciencias de todos. Y se adivina en algunos ojos, al mirar á los que sabe que van delante en el turno, como un destello de perversidad que parece que quieren decir: «Si todos estos de repente se pusieran enfermos, tendrían que irse y pasaría yo inmediatamente.» En otro el afán parece llegar más lejos: «¡Si se murieran todos estos pelmazos!»

Al fin penetra, acompañado del secretario, un anciano simpático y afable, de blanca barba rizosa y aspecto bondadoso.

Y el secretario, acompañado por el viejecito, va cuchicheando con todos los que esperan, animadamente.

El anciano es presentado á nosotros como un general en activo. Enseguida nos solicita.

—Ya ve usted. Necesito ver al ministro con toda urgencia. No puedo esperar mi turno. Abajo tengo el automóvil y me esperan en Cuatro Vientos, en el Aeródromo, donde quizás esté ya el Rey... Y yo tengo que subir en uno de esos aeroplanos. Es un compromiso, un verdadero compromiso. Los aviadores no volarán hasta que yo llegue... Si usted fuera tan amable que me cediera su turno...

Accedo yo, como acceden todos los demás, y minutos después el general penetra en el despacho del ministro.

Y pasan diez, veinte, treinta minutos.

Y cuando ya, al cabo de tres cuartos de hora, todos unidos en común rencor contra el viejecito, comentamos con enojo su tardanza, se abre la puerta del despacho y el general cruza ante nosotros despacio, sonriente, haciendo reverencias y diciéndonos:

—Perdonen ustedes, señores, que haya usado de una treta para engañarlos... Es una artimaña de viejo y de visitante, que ya sabe por experiencia lo que son antesalas en épocas de elecciones. ¡Perdón, perdón!... Necesitaba ver al ministro. Pero ¡volar yo! ¡Y á mis años!...

Y el viejecito se alejó, simpático, ágil, siempre sonriente...

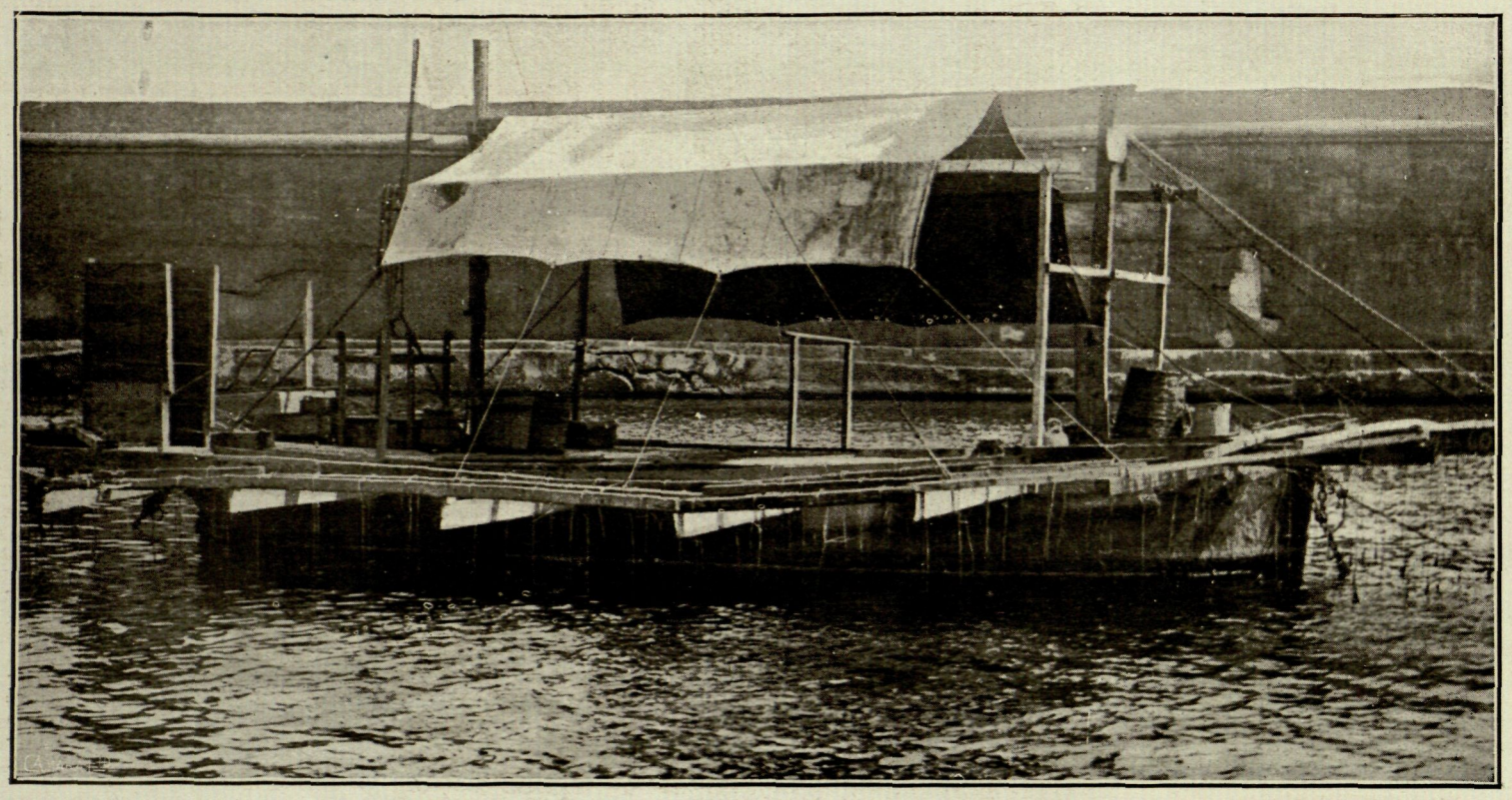
EL CABALLERO AUDAZ.

DIBUJO DE RIBAS

UAB Hemeroteca General

DE LA VIDA DEL MAR

VIVEROS PARA EL CULTIVO DEL MEJILLÓN

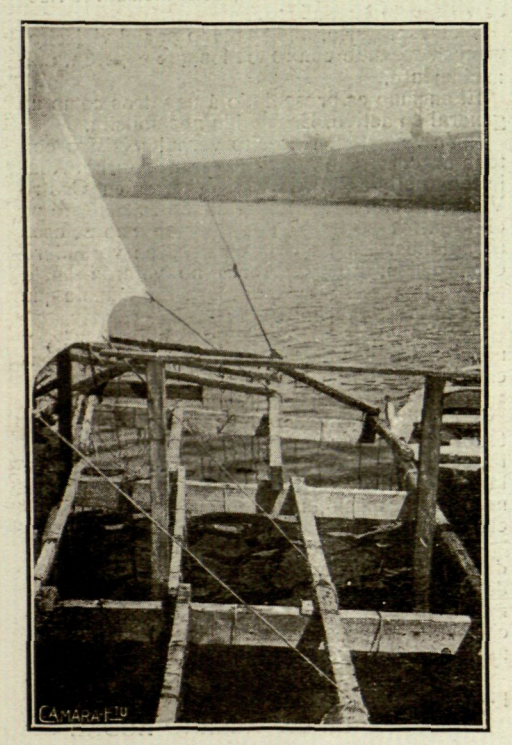


Uno de los viveros, con sus cuerdas colgantes

El *mytilus edulis*, conocido más vulgarmente con el nombre de mejillón, es un animal marino de la zona costera, muy apreciado y sin disputa alguna el marisco comestible más al alcance de todas las fortunas, dado lo mucho que se produce.

A consecuencia de los fenómenos del flujo y reflujo y de las mareas altas, fenómenos estos que producen notables cambios de nivel, incitan á los animales que viven en estos límites á la defensa, plegando sus valvas herméticamente, evitando así la desecación.

El mejillón, desde joven, segrega una sustancia que queda endurecida en el agua, formando hilos que le permite encadenarse al suelo, facultad que da por resultado el que se encuentren montones sujetos á piedras ó maderas. Los que no disfrutan de esta facultad, vense obligados á enterrarse en la arena ó fango cuando se hallan contra corrientes y oleaje.

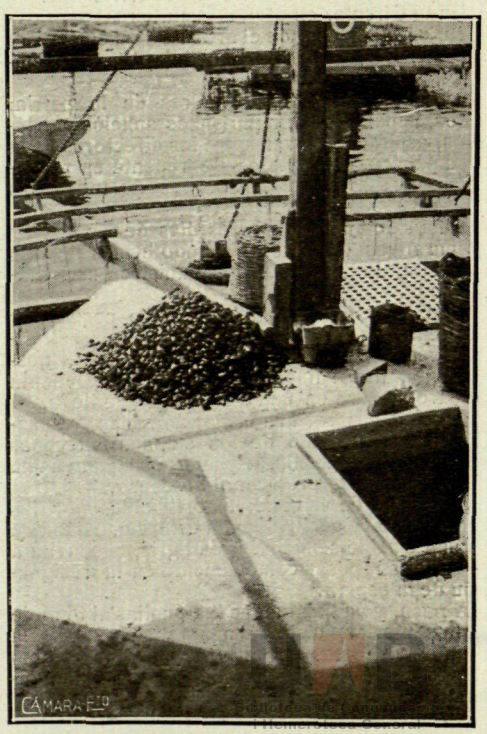


Detalle de un vivero de mejillones

Eligiendo mejillones en el propio vivero

Por lo que respecta al *mytilus edulis*, los fenómenos de adaptibilidad á que se presta permite su cultivo en vivero, siendo sorprendente el resultado que anualmente se obtiene con la explotación de esta industria, dado el sinnúmero de ellos que hay establecidos casi en todas partes.

En Barcelona y en el interior de su puerto, casi á la entrada del mismo, existen ciento veinte, suma que ascendía hace pocos años á doscientos cincuenta, pero que por causas que más adelante menciono han quedado reducidos á aquella cantidad. Por la Real orden de 2 de Agosto de 1909, estos viveros están destinados á desaparecer, ó por lo menos á quedar en número muy reducido. Como la restauración de los mismos representa á sus propietarios un gasto importante, que, dada la inseguridad de la explotación, no están dispuestos á ejecutar, da por resultado el que dichos viveros, en la actualidad, ofrezcan un aspecto deplorable. De otra parte, la mayoría de esos modestos industriales son obreros de humilde condición, y que á pesar de sus buenos deseos vense privados de efectuar reforma alguna, cuidándose únicamente



Mejillones dispuestos para ser llevados al mercado

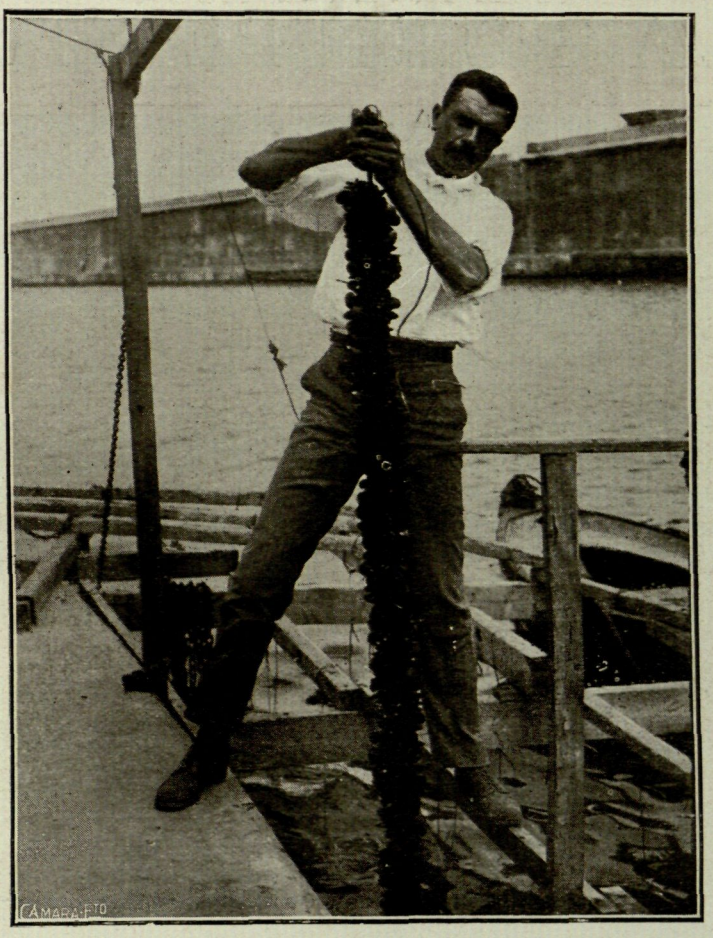
de la conservación, aprovechando para ello todo el material viejo que les viene á mano.

Compónese cada vivero de una gran barcaza, de medida y forma diferente á las demás; casi todas hállanse revestidas de cemento. Para el cultivo del mejillón, colócanse alrededor de las mismas cuatro ó más filas de tablas, de unos 15 centímetros de espesor, á una distancia de 80 centímetros, sostenidas á la vez por unos tablones algo más recios que aquéllas, adoptando ambos una forma perpendicular, estando las más gruesas empotradas en la barcaza. De los primeros tablones se suspenden unas cuerdas que pueden ser de esparto ó bien de alambre galvanizado, de unos 5 metros de longitud, con travesaños del mismo alambre, á una distancia de palmo.

Con lo dicho anteriormente queda instalado el vivero. En las cuerdas colgantes se colocan las crías procedentes de los puertos norteños, entre otros La Coruña, Gijón, San Sebastián y Bilbao, operación que se realiza envolviendo las crías con redes de pesca ya usadas, quedando así sujetas, y cuyos hilos rompe el mejillón durante el crecimiento, quedando allí fijo hasta que se lleva al mercado.

Son importantes las partidas de cría que anualmente se reciben, alcanzando algunas veces, incluídos portes de ferrocarril, á 140.000 pesetas.

La colocación de la cría se practica en invierno, necesitando unos seis meses hasta su completo crecimiento. Por lo demás, la explotación requiere pocos requisitos: únicamente hay que anotar las molestias que se sufren á consecuencia de las inclemencias del tiempo, algunas de ellas bastante perjudiciales. Al presentarse los primeros calores, es frecuente la presencia en el puerto de Barcelona de unos peces que llegan en ocasiones á pesar hasta una arroba, y que se les designa con el nombre de *doradas*. Estos animalitos marinos hacen herejías, pues no contentos con comerse la cosecha, por efecto de dichas maniobras inutilizan el vivero.



Aspecto de una de las cuerdas donde se cultiva el mejillón

Los industriales que se dedican á este negocio en nuestro puerto ascienden á un centenar, teniendo constituídas en la actualidad dos Sociedades: una, llamada «La Unión Mejillonera», y la otra, «Cooperativa Protectora Mejillonera». Por el presente únicamente tienen de contribución dos pesetas, que abonan á la Junta de Obras del Puerto, aunque se dice que próximamente va á tener un aumento considerable. Hace tiempo, estos modestos industriales están haciendo gestiones para ver si consiguen la derogación ó modificación de la Real orden, pues con ello lograrían mayor estabilidad en la industria y podrían, con mayor razón, construir, aunque fueran en menor número, unos amplios y artísticos viveros, y desde luego más productivos. Además que estimularían á los aficionados á comer esta variedad de invertebrados á adquirirlos directamente de los viveros, pues es sabido que estos mariscos, trasladados al mercado, se desazonan á consecuencia de estar rociándolos continuamente con agua dulce para que presenten mejor aspecto.

Justo sería que los interesados en resolver ó modificar la tan repetida Real orden lo hicieran cuanto antes pues con ello lograrían el fomento de una industria que produce cerca de dos millones de pesetas anuales.

PEDRO CANO BARRANCO

Barcelona, 1920. FOTOGRAFÍAS DEL MISMO

Grupo de barcazas transformadas en viveros para el cultivo del mejillón

Hemeroteca General

LOS POEMAS
:: TRISTES ::

LA FUENTE SIN AGUA

Al borde del camino,
de todos olvidada,
está la que fué un día
vena sonora de corrientes aguas.

Ya nadie se detiene
para beber, si pasa,
en el tazón de piedra,
donde, al caer, el surtidor saltaba.

El caño, que vertía,
siempre hecha un arco, su corriente clara,
hoy sólo tiene una irisada gota,
tal que si fuera una dormida lágrima.

La lira de aquel chorro,
que era, en el aire, una canción pagana,
enmudeció hace tiempo,
triste, al quedarse el surtidor sin agua.

Y en el tazón de piedra,
también, un día, bulliciosa taza,
dormidos, los lagartos,
toman el sol entre amarillas zarzas.

Al borde del camino,
de todos olvidada,
está la que fué un día
vena sonora de corriente clara.

De noche, á veces, cristalina estrella,
lírica luz, con su fulgor la baña,
como en el tiempo en que, feliz, la fuente
la blanca estrella en su tazón copiaba.

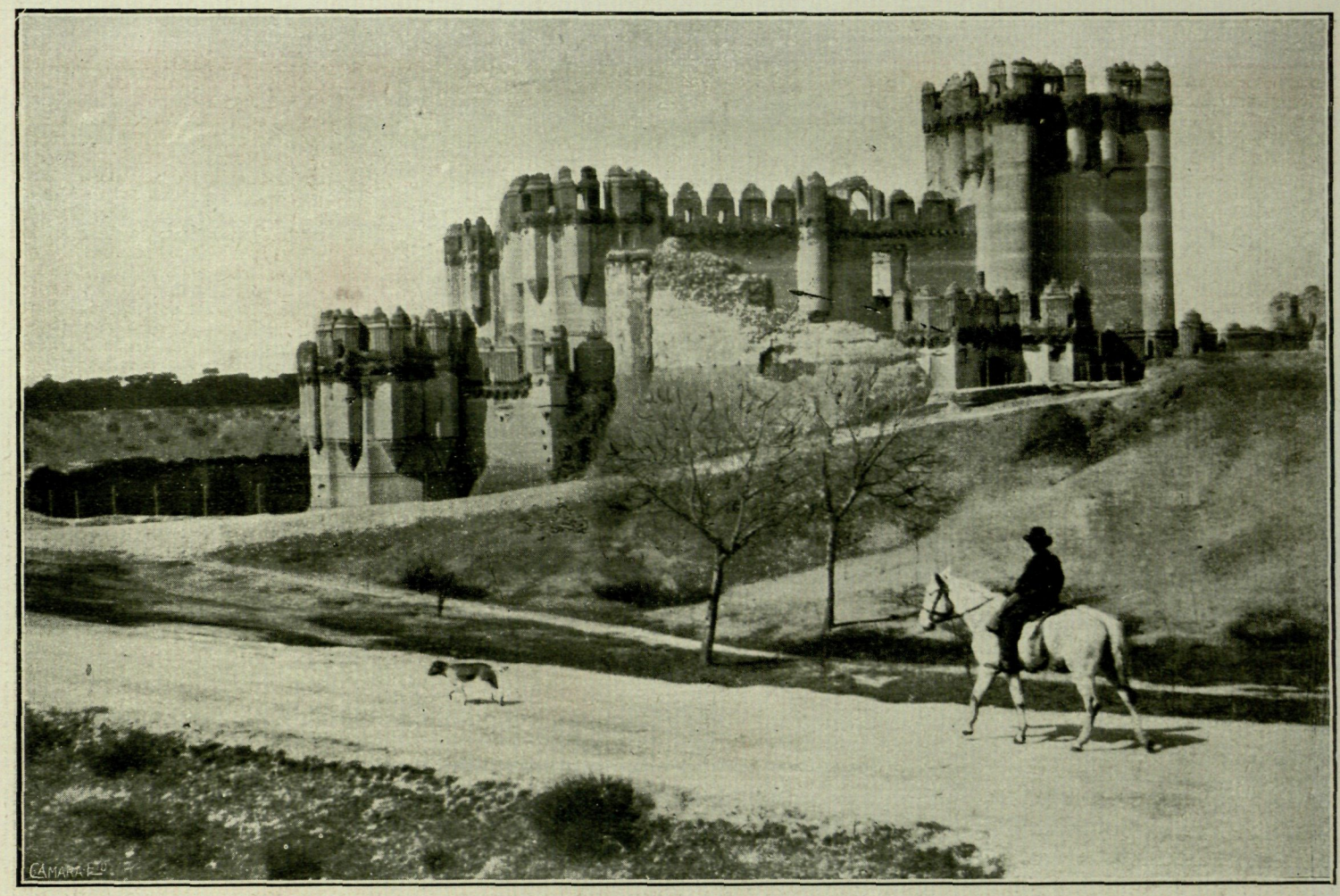
Y entonces, melancólica,
del seco caño la dormida lágrima,
tiembla, y al suelo se desprende, muda,
cual si en la piedra se encerrase un alma.

Fernando LÓPEZ MARTÍN.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

UAB Universitat Autònoma de Barcelona Biblioteca General

ESTACIONES DE AMOR Y DE PENSAMIENTO



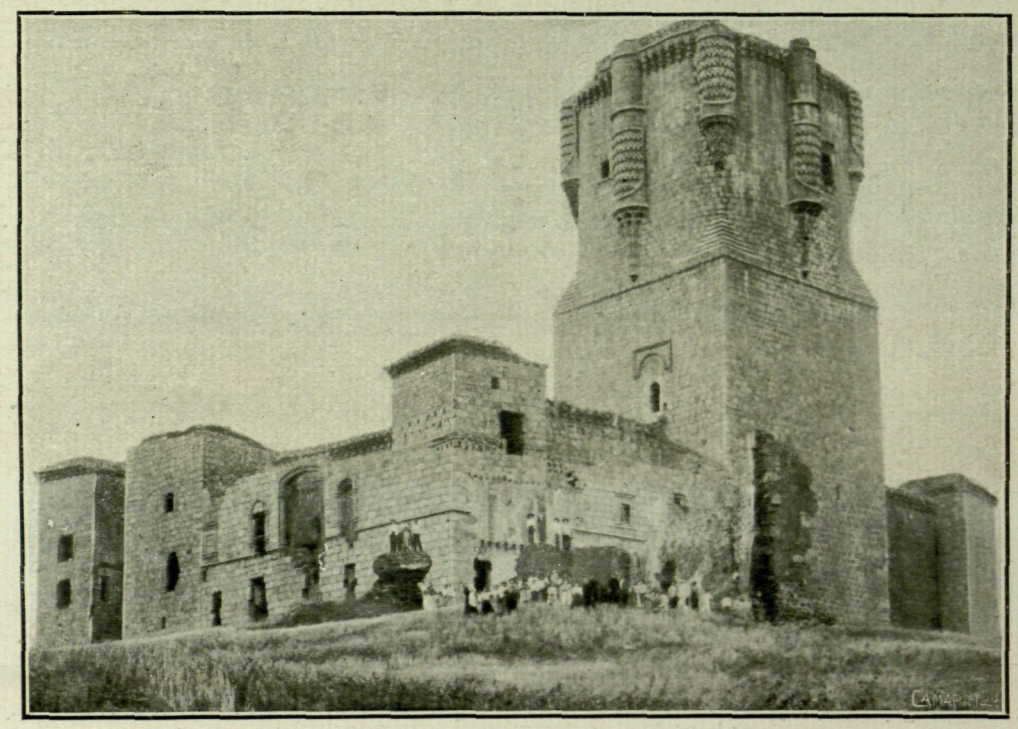
El castillo de Coca

EL CASTILLO DE BELALCÁZAR

Hemos estado unos días en él. Nuestros Castillos, como nuestros Monasterios, son bien desgraciados. Piedra á piedra se los llevan, pieza á pieza los descabalan. Nadie lo impide, la ley misma los protege. Quien compra un inmueble de estos puede impunemente hacer de él lo que se le antoja. De tarde, muy de tarde en tarde, algún prócer nuestro gasta unos miles de duros en mal reconstruir un Castillo de estos. El de Belalcázar fué precioso. Hoy la gran torre, que se ve desde leguas y leguas, más allá de Hinojosa del Duque, y desde los resaltos y asperones de las Sierras de Cabeza del Buey, es un palomar. Miles de palomas rondan á ciertas horas en torno de esta torre, como vencejos ó aviones al obscurecer en torno de la torre de la iglesia... Los Castillos no son amados por nadie. Han inspirado tanto odio siempre, que los artistas claman en vano. Este lo demolieron los franceses. A la gente le agrada extraordinariamente un Castillo demolido; unos sueñan en sus ruinas; otros se aprovechan de sus piedras; cada día la torre tiene un palmo menos de alta, como la Raza, como España...

EL CASTILLO DE COCA

Esta fotografía es tristemente curiosa. Don Daniel Zuloaga, el gran alfarero, contempla el Castillo señorial de los Fonsecas hundiéndose en la tierra, en la arena. El incomparable edificio se hunde. El que esto escribe lo contempl aba cierta tarde, y cada minuto parecía que el Castillo cedía al peso del abandono. Otros Castillos se desmoronan; otros sirven de refugio á gitanos y trashumantes; éste corre el peligro de desaparecer ocultado por la tierra que un día dominó ó protegió á su modo, sepultado por la tierra que debía enaltecer su construcción mudéjar incomparable. ¿Qué importan ya los Castillos y su obra feudal? De nada sirven sino es de asco cuando su altanería no va acompañada del arte. Mas cuando éste reina en la ingrata masa que pocas veces sirvió para hacer bien, el arte debe salvarlos, cueste lo que cueste. Por él. Cada día se trabaja con menos gusto, con menos valor en las manos; el trabajo de otros tiempos cobra hoy aprecios indecibles, aun sólo como trabajo, como esfuerzo. A todos nos conviene esa lección viva de energía. Por eso, cuando edificios como ese se hunden ó arruínan, el alma laboriosa llora amargamente. ¿Cuándo serán posibles en lo futuro obras como esas obras?... ¿Es que somos capaces de concebirlas, de ejecutarlas? No es el pasado el que se va, sin remedio, con la muerte de esas obras: somos nosotros mismos; es nuestro espíritu presente, actual, el que se descompone miserablemente.



El castillo de Belalcázar

EUGENIO NOEL

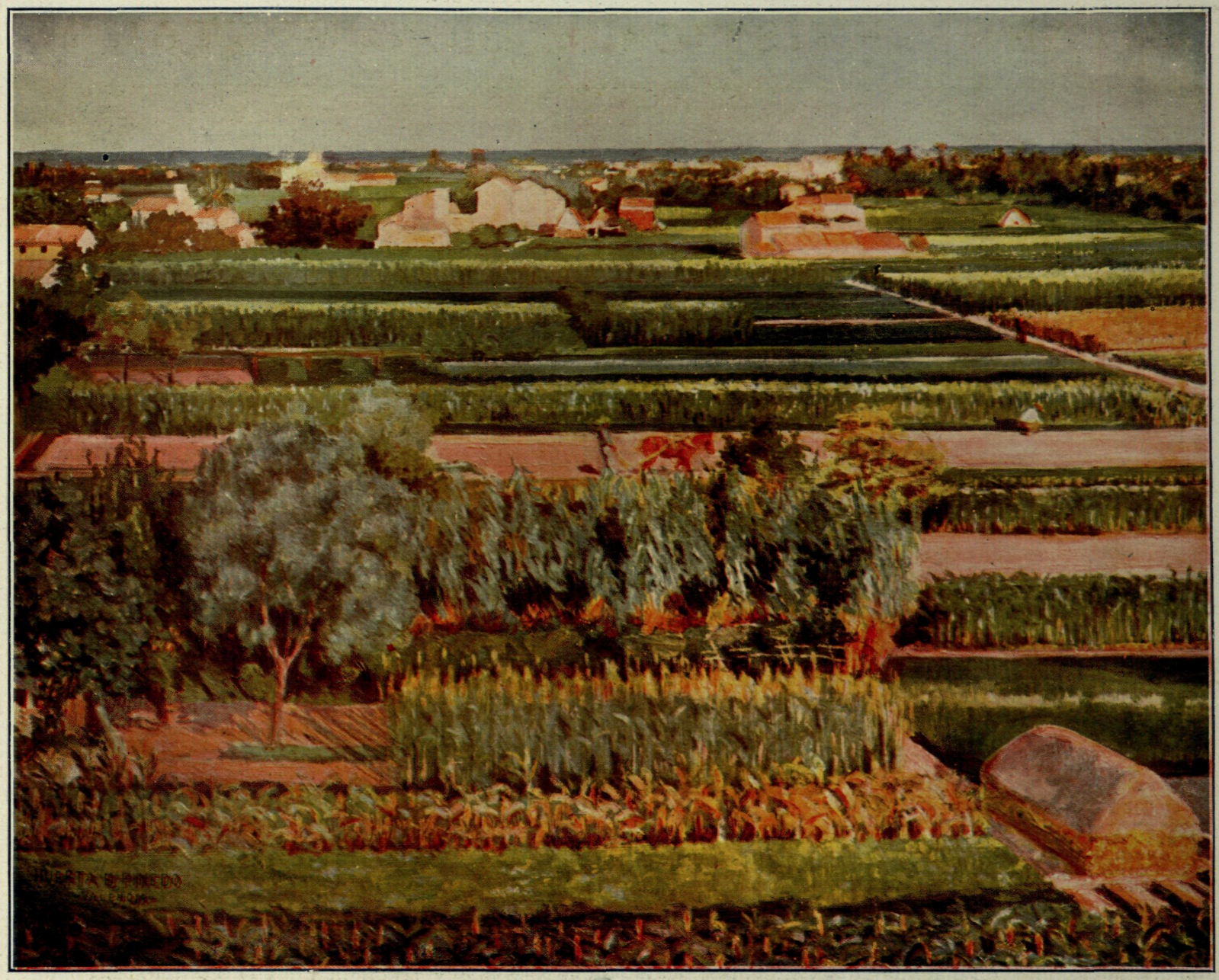
Biblioteca Nacional de España
i Hemeroteca General

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

Santuario de Santa María del Puig, precioso ejemplar de construcción románica, situado en las cercanías de la villa de Esparraguera (Cataluña), de la cual fué antiguamente iglesia parroquial

FOT. CANO BARRANCO

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General



"Huerta de Pinedo" (Valencia), cuadro de Manaut Viglietti, que figuró en el reciente "Salón de Otoño"

MIRAR Y VER ▫ OIR Y ESCUCHAR

Entre mirar y ver hay la misma diferencia que entre oir y escuchar.

Todos los animales, salvo los ciegos y sordos, ven y oyen. Sólo los animales inteligentes escuchan y miran.

Ver y oir son funciones puramente mecánicas. En el mirar y en el escuchar hay una función cerebral deliberada, y muchas veces llena de complicaciones. Como que es frecuente en los animales pensantes mirar con los oídos y escuchar con los ójos.

Una viuda sorda hacía labor mientras su hija hablaba con el novio, y solía exclamar: «¡Cuidado con lo que se dice! ¡Os estoy *oyendo* con el rabillo del ojo!» A ser ciega, podría haber dicho con igual perspicacia: «¡Ojo, que os estoy viendo con el oído!»

Linceo, el argonauta de vista buida y esclareciente, no era tal vez el que mejor veía, sino el que mejor sabía mirar. Yo prefiero adivinar en él un símbolo, antes que una perfección física vulgar, de que disfrutan casi todas las bestias que no lloran ni leen. Ahora decimos «ojos de lince», y la Academia lo atribuye á la extraordinaria penetración de la mirada de esa fiera. Pese á la Academia, mejor sería decir «ojos de Linceo».

De ahí debe de venir la frase, frase inquietante y sugeridora.

Y si no viene de ahí, los hombres debemos desecharla. En el ver clara y distinta la lejanía se igualan el lince y el águila, el marino y el labriego, que ven aunque no miren.

Hay ojos-flechas, como hay ojos-lagos y ojos-sumideros.

Los ojos estáticos del místico; los ojos anegados del amante; los ojos succionantes del lascivo; los ojos «claros y serenos» de las vírgenes; los ojos opacos del beodo; esos ojos pasivos que son como charcos por donde pasan las nubes, como mares por donde resbalan las olas, como conciencias quietas donde no subleva espuma el viento de los pecados..., esos ojos todo lo ven, pero no han mirado nunca.

Ojos que no han oído, junto á orejas que no miraron jamás.

El salmista lo dijo: «Tienen ojos y no ven; tienen orejas y no oyen; boca, y no hablan; manos, y no tocan.» Y Cristo solía advertir: «Quien tenga oídos, oiga.» Ya sabía El que no todos los oídos saben escuchar, aunque sean todos capaces de oir.

Cuando los ojos saben mirar, poco importa la torpeza del oído; mirad atentamente, inteligentemente, y oiréis mejor. Mirad á través de vuestro espíritu, si está limpio y claro como una lente, y se os revelarán las cosas invisibles é inaudibles.

La niebla espiritual enturbia los sentidos. Un tumulto del corazón nos priva de ver; un deslumbramiento interno no nos deja oir. Antes de mirar ó escuchar, hay que dejar que un viento fuerte y rápido limpie la atmósfera del alma. Todos los animales, en la hora del celo, cantan á su modo. El poeta, en permanente celo psíquico, canta también, y suele cantar los ojos de su amada. Sólo los poetas reflexivos cantan la mirada y no los ojos.

La mayoría de los ojos de mujer no son, sin embargo, sino lindas gemas que tiñe la luz del cielo. Rebuscad por las playas durante la bajamar, y hallaréis muchos ojos de mujer más bellos que los vivos y que, cual los vivos, no saben mirar. Los poetas no los cantan; pero los niños, que son poetas, los buscan y los aman, preparándose ya para amar símbolos perturbadores.

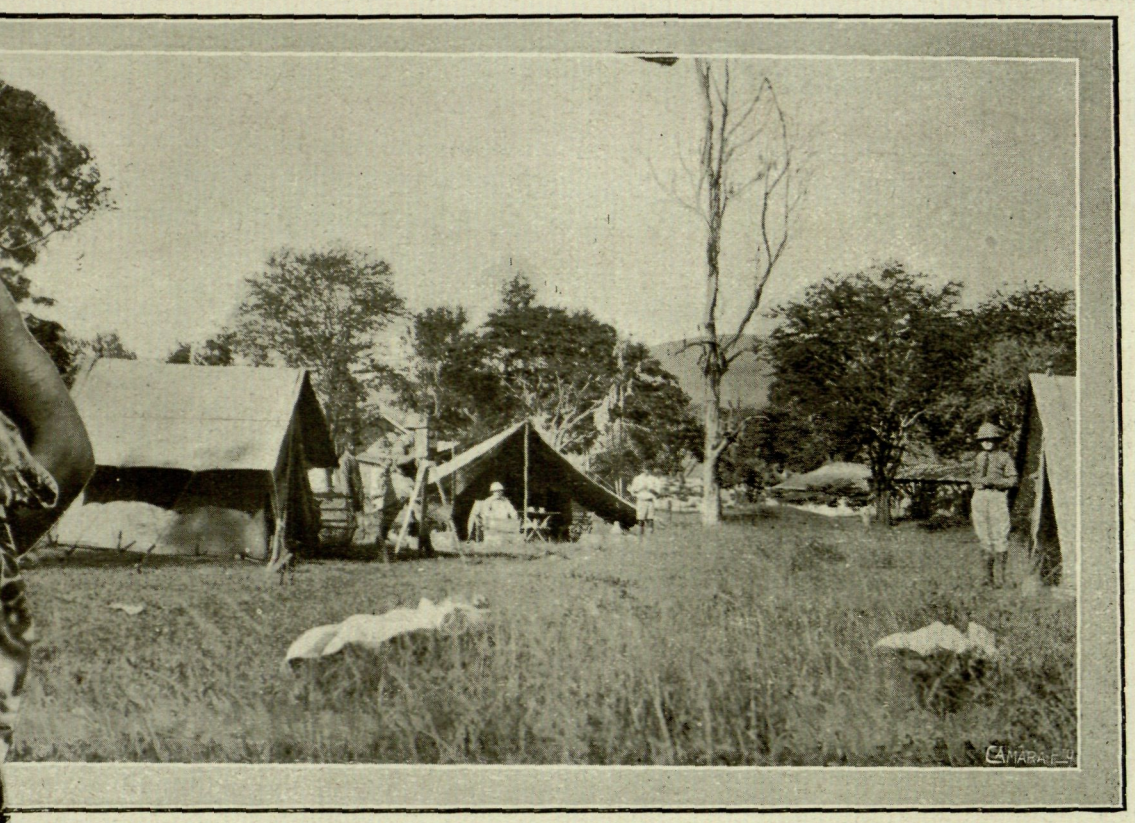
En las entrañas de la tierra hay azabaches, esmeraldas, zafiros y carbunclos como ojos humanos, que no saben brillar hasta que los miran otros ojos. Habrá asimismo oídos que no saben escuchar. Cuando la tierra ruge profundamente, ruge para que ellos la oigan, para que oigan algo y se den cuenta de que son oídos. Hay hombres así, que no saben si ven, no saben si oyen y no saben que tienen corazón hasta que se llaman fuertemente á él ó se lo encuentran un día descerrajado.

Pero tampoco hay que mirar más allá de lo sensible ni obstinarse en oir las armonías siderales. Esto es para los delirantes y los sabios, y conviene que de ambas especies no haya en el mundo sino un reducido número de ejemplares.

Se nos ha dado vista y oído suficientes para llenar el almacén de nuestro cerebro de primeras materias elaborables y transformables. Un exceso de acumulación haría estallar el almacén. Todos los cerebros rotos han visto ú oído, siquiera durante un instante, más de lo necesario y mucho más de lo prudente.

Félix LORENZO

Tipo de mujer mubira, con el labio agujereado por un disco de madera



Campamento de la expedición Vandenbergh-Paramount, en Marchakos

El operador fotógrafo--Una expedición interesante por Africa

INDISCUTIBLEMENTE no hay gente más atrevida ni osada que las que intervienen en la edición de películas.

Artistas, directores, cuantos toman parte en la ejecución de cintas cinematográficas, realizan á menudo peligrosas escenas para obtener un efecto de realidad indiscutible que proporcione al público un momento de emoción intensa.

Pero sobre todo, los fotógrafos ó tomavistas, que llaman en el *argot* cinematográfico, sienten tal entusiasmo, casi pudiéramos decir tal fanatismo por su profesión, que para obtener un documento fehaciente de un hecho transcendental en la historia política ó social de los pueblos; una asombrosa página instructiva de la vida de relación entre fieras y hombres incivilizados; unas simples «actualidades», arrostran audazmente todas las penalidades imaginables y no vacilan en exponer la vida luchando estoicamente, ya contra los elementos furiosamente desencadenados, ya contra las trabas que otros hombres—celosos guardadores del secreto—oponen á su indiscreta labor de reporteros de la cámara, ya contra las fieras y tribus habitantes de bosques y regiones inexploradas y vírgenes en absoluto de toda huella de hombre civilizado, que se ven desagradablemente sorprendidas en su vida, felizmente primitiva, por la presencia del «hombre extraño», que viste y habla de una forma tan distinta y les infunde desconfianza con su trípode y su máquina y sus raras ofertas y pretensiones.

A muchísimos de estos anónimos héroes de la pantalla—cuyas asombrosas hazañas rara vez llegan á conocimiento del público—ha costado la existencia alguna arriesgada empresa. Los que quedaron y los que ingresaron después en las filas de estos bravos servidores del arte mudo, no se amilanaron por ninguno de estos incidentes desgraciados, y prosiguieron planeando y llevando á cabo sus audacias.

□□□

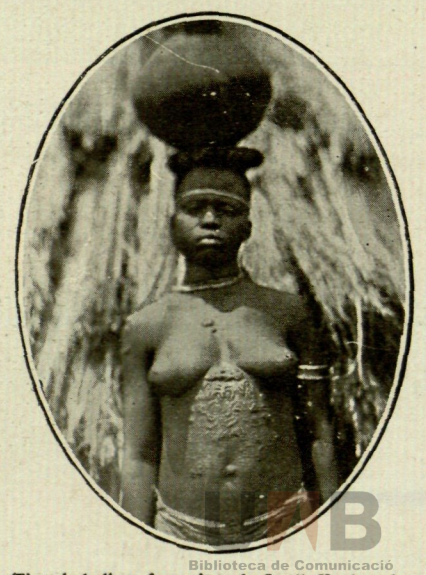
A los Estados Unidos acaba de regresar de Africa, con la colección más valiosa de fotografías que se conoce, la expedición Vandenbergh-Paramount. Esta interesante misión cientifotográfica, costeada por la Paramount y apadrinada por el Museo de Historia Natural americano, iba dirigida por el reverendo doctor Vandenbergh, misionero católico, muy conocido en todo el mundo por sus notables escritos sobre temas etnológicos y antropológicos, y gran conocedor de todo el territorio africano, por sus largos años de residencia allí, en cumplimiento de su sagrado ministerio. Jorge Burbank Shattuck, catedrático de Geología, de Vassar, y Nesbitt, fotógrafos—el segundo ayudante—, formaban con Vandenbergh el valiente grupito que se lanzaba á la conquista de cosas y emociones nuevas; de algo que fuese desconocido en absoluto.

Y á fe que han tenido éxito. El tesoro fotográfico que traen, compuesto de unos veinte mil metros de película impresionada, comprende curiosas fotografías de gentes que jamás habían sido retratadas, y aquí ofrecemos al lector unas cuantas, elegidas al azar, presentando tipos de distintas tribus de las colonias británicas del Oeste de Africa.

Al lado del arrogante guerrero *masai,* que habita las orillas del Lago Alberto Nyanza, está el insignificante y tímido pigmeo *mambuti,* que puebla las más inaccesibles regiones del interior, obli-

Mujer "masai", esposa del jefe de la tribu

Miembros de distintas tribus, desde la arrogante raza "masai" hasta la minúscula "mambuti"



Tipo de belleza femenina, de South-Kavirondo

Biblioteca de Comunicació

Los expedicionarios, acompañados del cónsul americano Mr. Eels, su esposa y otras personalidades, rodeando el cadáver del hermoso león que les atacó fieramente

gado á refugiarse allí por los ataques de las soberbias tribus vecinas, que lo desprecian por su pequeña estatura.

El *mambuti* es un curioso tipo liliputiense, que tiene unos cuatro pies de estatura y ha deplegado una especie de civilización primitiva, que contrasta notablemente con las tendencias de las tribus salvajes que le rodean. Un mes pasaron los expedicionarios en el país de estos menudos africanos, conviviendo íntimamente con ellos é imprimiendo en la cinta cinematográfica interesantes cuadros, llenos de color y vida, de sus costumbres extrañas y peculiares. En su marcha á través de las peligrosas selvas africanas, los expedicionarios fueron atacados repetidas veces por las fieras y por los indígenas. Y á no haber sido por la bravura de su aguerrida escolta *masai,* que no los abandonó un momento durante su larga estancia en aquellas regiones, los tres «hombres blancos» no lo hubieran pasado muy bien. Una de las películas más notables que traen, es la que presenta el ataque de un hermoso león, que se precipitó sobre el grupo de exploradores, y no fué muerto por los lanceros nativos hasta el momento de hallarse á muy pocos pasos del fotógrafo y geólogo Shattuck, que fríamente manipulaba en su cámara, para recoger en absoluto todos los detalles de la fiera acometida del arrogante rey de las selvas.

Es tal el interés que el resultado de esta expedición ha despertado en los círculos científicos y sociales, que hasta el Papa ha autorizado una exhibición de esta colección de películas, terminada, en el Vaticano.

DUQUESA DE BORELLI

Guerreros "masai" bailando la danza de la victoria alrededor del león muerto

FOTS. ARTCRAFT

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

AQUEL PUERTO, HOY LEJANO...

Algunas horas, invernizas y cortesanas, nos traen á veces el hálito acre y la alegría luminosa de aquel puerto, hoy lejano, y tan nuestro en un verano pretérito.

Acaso en un concierto—la música, la gran sugeridora—sentimos de pronto la nostalgia glauca de tardes remotas junto al mar preso entre escolleras y malecones. Como acuamente suena el piano bajo las manos hábiles del artista vestido de frac, y se sueña con aquel romántico recital de acordeón que unas manos rugosas abrían y cerraban contra el herculano pecho, cubierto por una camiseta azul ó un chubasquero amarillento y crujidor. Grave, profundo, en una sucesión de cóncavas ternuras, el violoncelo se queja en la sala, perfumada y palpitante de mujeres medio desnudas, entre pieles costosas, y su voz suena en nosotros como las voces hermanas del viento, del mar y de las frondas.

Tal vez en una charla invertebrada, perezosa, de casino, alguien lanza distraído el nombre tan sonoro como una campana, y mientras los demás olvidan, nosotros nos dejamos envolver por su vibración y nos hundimos lustralmente en el pasado movedizo y rítmico como el horizonte de los puertos donde fué presente.

Quizás en un crepúsculo breve, anticipada la noche por la lluvia mientras ruge la estufilla de gas, ó chascan metálicos los radiadores, la voz amada—y paralela á nuestra vida desde un ayer que parece de siempre y para siempre—, nos trae como un regalo aquel otro véspero largo, espaciado, prolongador de sus mismos silencios y ecoico de su propia sonoridad, que una lancha surcó, con nuestro amor dentro, como si este amor fuese el corazón que la hiciera vivir sobre las aguas densas, cada vez más obscuras.

¡Puertos pequeños del Norte, que nuestro egoismo vive en verano y olvida—con intervalos nostálgicos—durante el invierno! No las costas muelles, rubias blandas del Sur y del Este; no las playas paganas que despiertan citas clásicas y mitos de estatuaria blancura; tampoco el manso Mediterráneo, domado por el sol y con su tibio rumor de sedas que se desdoblan.

Es la mar brava, corajuda, con cresterías que amenazan rivales de blancor y elevación á las nubes lentas, de aceros cambiantes y asaltos rudos á los acantilados y los faros solitarios.

Son los hombres recios, sanguíneos, con las cabezas rapadas, amarillo el pelo, roja la faz, azules las niñetas.

A contracielo brumoso los mástiles niegan ó afirman unánimes, y los cascos—panzudos, esbeltos, rojos, blancos, azules, negros, brillantes, mortecinos—parecen llevar el compás soñoliento de los soñolientos cánticos del crepúsculo.

Las tabernas á flor de muelle se van llenando de hombres cuando todavía es temprano para encender las luces. Se les oye bullir, y en la sombra espesa y cálida se avivan las llagas rojizas de sus pipas y vuelan nombres de sitios lueñes, familiares á sus travesías de meses.

Pero el Cantábrico, los marinos, los barcos, los muelles, las dulces guaridas—que huelen á alquitrán, á pescado, á tabaco y á frutas—, las mujeres resignadas á la viudez y á la orfandad con ese fatalismo heredado con su racial destino, tienen entonces, cuando la pausa estival, un aire alegre de fiesta.

Las gentes de tierra adentro, los que llegan con las manos llenas de dinero, los trajes claros y las carnes linfáticas de ciudad, mezclan á ellos sus vidas fructíferas. Las lanchas que el invierno odia, dan paseatas inofensivas, y se colman con redadas de juego; las casas marítimas huelen transitoriamente á perfumes de cocota ó de niña «bien». Sobre las mismas mesas que los cuchillos de destripar pescado, ó las navajas relucientes por el contacto de las cuerdas, grabaron de inscripciones y guarismos, soportan al mismo tiempo los brazos de los hombres del mar y de los señoritos.

A los atardecidos, y cuando los ortos pálidos, no hay solamente marineros descalzos y mujeres harapientas á lo largo de las piedras húmedas, ó los tablones negruzcos—, sino también las forasteras gentiles y los desocupados de gabardina encinturada, camisa deportiva y cabeza desnuda.

Y por los senderos de la montaña—¡montes de Cantabria, de Vasconia y de Galicia!—se cruzan los grupos juveniles que vienen del trabajo y van al holgorio. Pero, ¿y ahora? ¿Cómo sois, puertos pequeños del Norte, en los días invernales?

Se reintegran á vuestra áspera soledad los hombres rudos, rubios y recios, las mujeres pálidas que tienen siempre el corazón saltando de angustia y de zozobra. El mar crece y traga los límites estivales. Las tardes se anegan pronto en la noche. El viento no es un ritmo dulce y amable; brinca en bruscos ecofonemas que hace temblar las casas y crujir los velámenes y bandear trágicos los cascos que ya no son rojos, azules, blancos y negros, sino que están embasados en la grisura total de los días; los chigres, las sidrerías, los chacolíes, no tienen aquella tranquila y abierta penumbra de los vésperos julianos y agosteños, sino cerradas sus vidrieras—sin vidrios algunas, con rectángulos y cuadrados de hojalata—, dentro, los hombres fuman, blasfeman, se embriagan y mezclan sus hedores. Frecuentes las galernas, la espera de cada tarde llenan de gritos é imploraciones femeninas las piedras húmedas, los maderos ennegrecidos y babosos. Y, sin embargo, nosotros quisiéramos ir también ahora á los puertos pequeños del Norte, mezclar, como en las tardes calmadas y tibias, nuestra vida á las de marineros y pescadores.

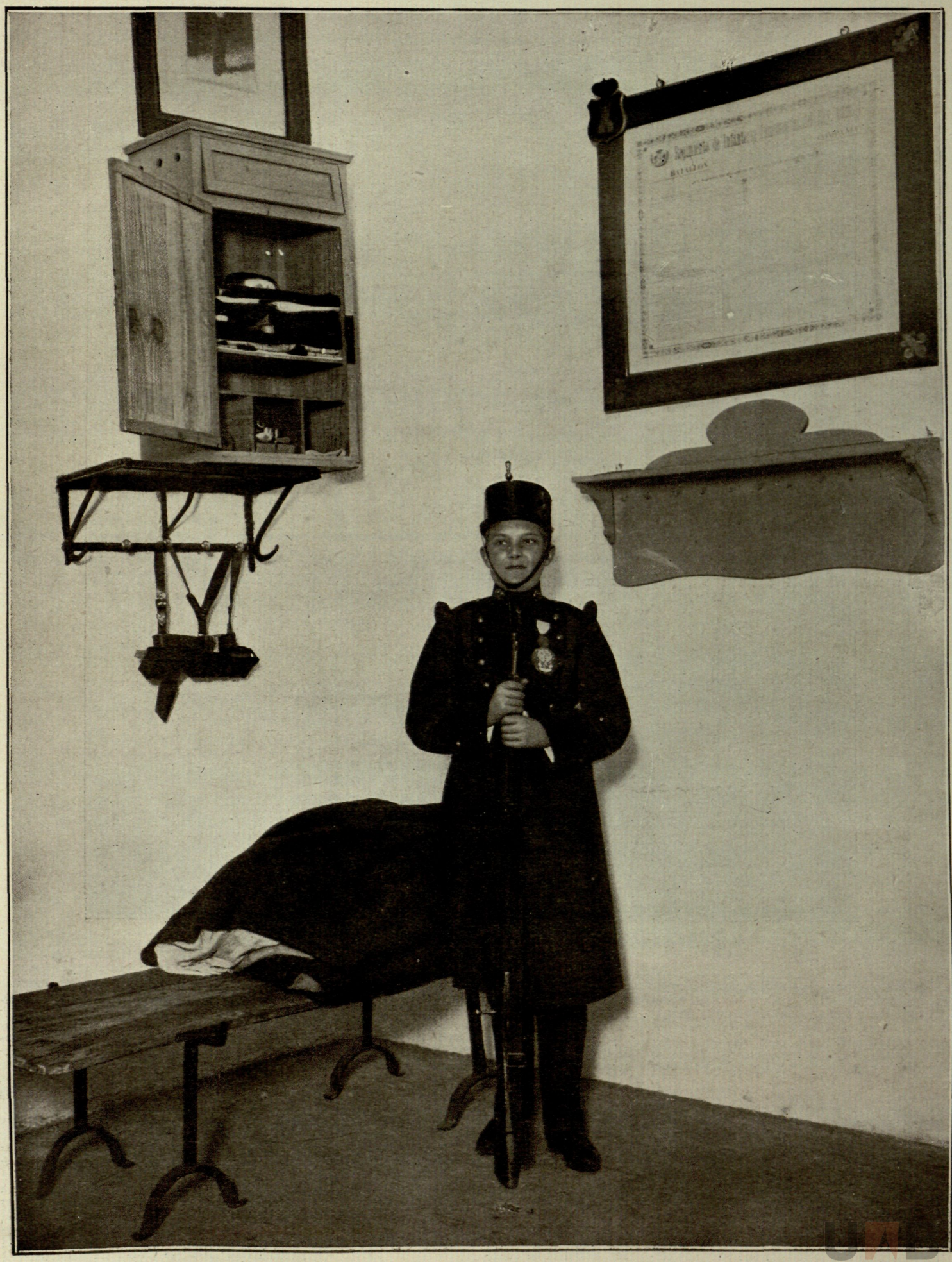
Mas, ¡ay!, que también los que parecemos felices durante el verano, corremos en la ciudad borrascas y vamos comprando la muerte con el trabajo cotidiano.

JOSÉ FRANCÉS

ILUSTRACIÓN DE RAMÍREZ MONTESINOS

Biblioteca de Catalunya i Hemeroteca General

LA VIDA MILITAR DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS



S. A. R. el Príncipe de Asturias en el cuartel del Pacífico, después del desfile y la misa celebrada en los Jerónimos, el día de la Concepción, Patrona de la Infantería, y á cuyos actos asistió el heredero del trono, en calidad de cabo del Regimiento Inmemorial del Rey

POT. MARÍN Y ORTIZ

Biblioteca de Comunicació

LA CAPILLA DONDE ARMARON :-: CABALLERO AL CID :-:

LA EMOCIÓN DE LO HEROICO

Capilla románica de Zamora, del siglo XI, donde armaron caballero al Cid

Llegar á un rincón de Castilla, peregrinos en busca de los sutiles puentes que unen nuestra alma con el alma primitiva de la raza, y escuchar de labios aldeanos, frente á una ignorada y antiquísima capilla: *Aquí fué donde armaron caballero al Cid,* es cosa que sobrecoge el espíritu y nos hunde, de pronto, en una niebla de siglos...

Esta vieja capilla románica, del siglo XI, tiene para nosotros un instante de sugestión incomparable. Las piedras sólidas, escuetas, y la arquitectura aplanada, nos hablan con las voces más graves, como las notas solemnes de un órgano.

Ruy Díaz de Vivar es de hierro, en su armadura; el recinto donde ha hecho profesión de fe es de piedra; el camino que se ofrece al traspasar la puerta, de recios goznes, es la llanura inmensa por donde se distiende el espíritu en un ansia de infinito.

La sensación más inmediata que podemos percibir en nosotros es la de grandeza. Todo tiene una solidez capaz de desafiar los siglos. Aquí adquiere plena consciencia la lucha del hombre con las fatalidades de la Naturaleza: el Tiempo y el Espacio. Ante ellas, en actitud de desafío, vemos cabalgar sobre la tierra ilimitada y llana, con pasos recios y rítmicos, como al son del Romancero, la figura del Cid, cuya silueta se recorta en sombra sobre el nítido azul del horizonte castellano.

Imaginamos la ceremonia. Todo es de una asombrosa simplicidad; nuevo detalle sugeridor de grandeza. El alma, cuanto más grande es más sencilla, y por su sencillez puede tocar en la divinidad.

La religión misma tiene aquí ese carácter. El arte balbuciente talla imágenes toscas, pero pone en ellas un reflejo de su alma ingenua y apasionada. Es balbuciente como la palabra, que no ha encontrado todavía su forma definitiva, pero que por lo mismo es más viva y radiante, puesto que está en formación y conserva en toda su pureza la llama originaria que aspira á ser, henchida de deseo.

El Cid es una voluntad heroica, una de esas voluntades heroicas que colaboran con Dios en la madurez de las obras de la tierra. Es quien moldea el cuerpo castellano. Y se nos aparece en la llanura, precursor de otro caballero, que, como él, ha nacido para grandes empresas. Rocinante sigue las huellas de Babieca. *El Caballero de la triste figura* moldea el espíritu y nos habla en un castellano pulcro, armonioso y definitivo; el lenguaje de Ruy Díaz de Vivar es recortado y áspero, recio como la espada que blande su brazo; la lanza de Don Quijote vuela al choque con las aspas de los molinos...

El Cid es el héroe castellano de la acción.

Don Quijote, el del verbo.

En locura de ideal, Don Quijote se arma caballero en una venta que su imaginación transfigura y puebla de seres inexistentes.

¿No había también una locura de ideal, una iluminación de heroísmo en el hombre que dobló sus rodillas en esta capilla románica, en una hora definitiva para Castilla? ¿No era vida heroica la que dejó en estas piedras una pátina de inmortalidad? ¡Piedras vivas para nosotros!

Biblioteca de Comunicació

VALENTÍN DE PEDRO

Zamora, 1920.

Gal

El Jabón
HENO DE PRAVIA
comunica al cutis una
suavidad solamente
comparable á una
caricia.

PASTILLA 1,50

Idea

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

Manténgase al Corriente

De la vida social e intelectual de las grandes capitales del mundo

Lea Ud. a

VOGUE

Hermosa Revista Norte-Americana Editada en Castellano

VOGUE será de su completo agrado porque la mantendrá al corriente de las actividades y de los acontecimientos del mundo elegante.

VOGUE será de su completo agrado porque le mostrará con meses de anticipación y con absoluta certeza las modas que van a usarse.

VOGUE será de su completo agrado por sus cualidades artísticas, sus cubiertas decorativas y sus hermosos dibujos y fotografías.

VOGUE será de su completo agrado porque le será util de mil modos diversos y la ayudará a mantener con gracia su posición social.

LA Edición en Español de Vogue se publica mensualmente y está de venta en las principales librerías. Para subscripciones anuales o números sueltos, diríjase a los libreros de su ciudad pero en caso de que ellos no vendan a VOGUE, llene el blanco que aparece aquí y remítalo a Vogue, 19 West 44th St., Nueva York, acompañado de un giro por 25 Pesetas pagadero a la orden de Vogue.

Su subscripción comenzará con el número siguiente al recibo de su remesa y recibirá a Vogue todos los meses por un año.

L1

VOGUE,
19 W. 44th St.,
NEW YORK, E. U. A.

Fecha.....

Tengo el gusto de incluirles un giro por la suma de 25 Pesetas, por el cual se servirán mandarme, durante un año, la edición en español de Vogue, empezando con el primer número que se publique después que el presente pedido llegue a sus manos.

Nombre .....

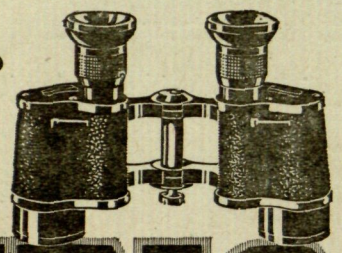
Dirección .....

Ciudad .....

País .....

UAB
Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

El regalo
más acertado



ZEISS

Gemelos Prismáticos

para Viaje, Campo, Sport, Caza, Marina

GRAN LUMINOSIDAD :-: CAMPO MUY EXTENSO

Gemelos de Teatro

DE VENTA EN LOS ALMACENES DE ÓPTICA

Pídase el prospecto "T 438"

BERLIN, HAMBURG, WIEN, CARL ZEISS JENA *MILANO, NEW-YORK, TOKIO*

Casa en BUENOS AIRES: Casilla de Correo, 846

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

De venta en todas las farmacias y droguerias.

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

FOTOGRAFIA

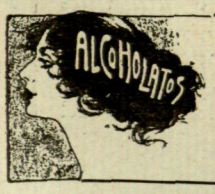
: Casa de primer orden :

BIEDMA

23-Alcalá-23

TELÉFONO 730

HAY ASCENSOR



PARA CONSERVAR Y EVITAR LA CAIDA DEL PELO

ABRÓTANO MACHO

CARMEN, 10, ALCOHOLERA

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

Agente de "Prensa Gráfica" en los Estados Unidos: **Compañía Hispano-Americana,** 156, West 14TH Street, New-York.

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico, **D. Nicolás Rueda.** Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas.** 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.ª,** Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. **Ortigosa y C.ª,** únicas personas autorizadas.

Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera.** Rua Au… Santa Ca…

Para anuncios y sus… ciones diríjanse á las d… legaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares** y **Cataluña** (Ibiza, Formentera, Cabrera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner.**

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara.**

En las **Vascongadas** y **Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano.**

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici.**

¿Quiere usted aprender idiomas? Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor

Ruja el Infierno,
brame Satán,
la PECA-CURA
no morirá.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA)

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:-:- Hermosilla, 57

MAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

...pel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

CREMA DENTIFRICA COLGATE

La favorita de los niños y dentistas

AGENTE EN ESPAÑA:
JOSÉ A. PELLA
Alta San Pedro, 4 BARCELONA

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1920

De venta en la Administración de **Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,** al precio de **7 pesetas**

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

LA BIEN PAGADA

ÚLTIMA NOVELA DE

"El Caballero Audaz"

:-: EN TODAS LAS LIBRERÍAS :-:

TINTAS

LITOGRÁFICAS Y TIPOGRÁFICAS DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: **Carretas, 65 al 70**
Despacho: **Unión, 21** **BARCELONA**

TÉ ENDVAR es un verdadero néctar

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

IMPRENTA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

Biblioteca de Comunicació

res. /137